

CÓMO TRABAJAR CON EL PUEBLO

Clodovis Boff

Edición original: Editora Vozes Petrópolis, Brasil, 1986

1 INTRODUCCION: EL ARTE DEL TRABAJO POPULAR

Procuramos explicitar en este folleto las condiciones y orientaciones concretas que ayuden en el trabajo popular. No pretendemos dictar los mandamientos o recetas de cómo trabajar con el pueblo en forma concreta. Se trata simplemente de examinar cómo se está dando hoy este trabajo y exponer las indicaciones o tendencias más fecundas que la propia práctica está sugiriendo.

Es evidente que esto no se hace sin análisis y crítica. Intentaremos organizar las principales lecciones que se pueden sacar de la experiencia de trabajo junto al pueblo.

Nada de lo que aquí se dice debe entenderse en forma dogmática. Y esto sobre todo porque el trabajo popular es un *arte* y no una ciencia. Y un arte se va aprendiendo en la práctica. Tanto más cuanto que se trata aquí de una de las artes más difíciles: la de lidiar con la gente. Por eso se presentan aquí sin ninguna pretensión, indicaciones prácticas sobre cómo hacer trabajo popular. Ellas se deberán completar y corregir con otras experiencias y otras reflexiones sobre estas experiencias.

Sócrates, uno de los más grandes educadores de occidente, tenía tal conciencia de la dificultad de educar, que decía que no pretendía ser maestro de nadie ni tener discípulos, sino más bien amigos.

Asumir el riesgo

No existe propiamente reglas fijas para trabajar con el pueblo. Lo que existe son sólo pistas, líneas indicadoras. Cada uno tiene que asumir el riesgo, pues el riesgo hace parte de todo aprendizaje que se funda principalmente en la experiencia. Se acierta en el trabajo popular a través de "tentativas y errores". Es imposible acertar siempre. En ningún lugar quizás más que aquí vale lo que se dice, que haciendo es como se aprende. De ahí la importancia del proceso como tal. "En el camino se acomodan las cargas". "Se hace camino al andar".

Esto no quiere decir que se deba proceder sin criterios o precauciones; que se deba simplemente ir hacia adelante, de acuerdo con la conocida afirmación: "se va a la lucha, después se verá". No. Aquí no se permite ningún tipo de pragmatismo frívolo o activismo grosero. Todo lo contrario: cuanto más delicada es la tarea, mayor atención, vigilancia y seriedad se ha de tener, tanto en la práctica como en la comprensión de la práctica. Pues si "la experiencia enseña", hay que oír y aprender las lecciones de la experiencia. Y esto no es posible sin una reflexión cuidadosa de la propia experiencia. Asumir el riesgo, sí, pero el riesgo *calculado*.

Agreguemos en este punto, que hay distintas corrientes de trabajo popular. Algunas dan mayor importancia al papel del agente, y otras por el contrario destacan la importancia de las "bases" o de los grupos populares. Y también las hay que quieren encontrar un "justo equilibrio" entre estas dos tendencias fundamentales.

Por nuestra parte, nos referimos de modo especial al campo de nuestra propia experiencia que es el de la pastoral popular. Pero es preciso decir que tal campo entra frecuentemente en la vasta área del trabajo popular en general. De hecho una pastoral liberadora procura favorecer toda forma de afirmación y promoción popular: educativa, sindical, partidaria, etc.

A quién se destina este trabajo

Nos dirigimos aquí al agente del trabajo popular: educador, profesional, técnico, político, sindicalista, sacerdote, etc. Tenemos en mente principalmente el llamado "agente externo" - la persona o grupo de agentes que "va" a trabajar junto al pueblo. Pero lo que se dice vale también para el "agente interno", el "agente popular mismo", es decir aquel que surge del propio pueblo y allí ejerce un papel educativo o político.

En realidad la distinción entre "agente externo" y "agente interno" se debilita y casi desaparece en la medida en que el "agente externo" se inserta en el universo popular, volviéndose "pueblo" y en la medida en que el "agente interno" o "popular" crece en experiencia y calificación en su trabajo. Por lo demás, es la propia dinámica del trabajo popular la que lleva a esta aproximación progresiva.

Así, a partir de cierto momento de la marcha, es pequeña la diferencia que separa a un "agente externo inserto" o "popularizado" a un "agente interno experimentado" o "popular". Sin embargo siempre perdura la diferencia imborrable del propio pasado u origen de clase.

Si aquí conservamos la distinción entre "agente externo" y "agente interno" es para tener en cuenta los problemas específicos que cada uno de ellos tiene, sobre todo el primero, en el comienzo del trabajo con el pueblo.

Notemos también que en este texto hablaremos normalmente de "pueblo", comprendiendo en este término el conjunto de las clases oprimidas o subalternas. Entenderemos siempre "pueblo" no en el sentido "clásico" (de "nación"), sino en el sentido "clasista" (de "clases populares"). De hecho la gente misma acostumbra autodenominarse como "pueblo" en los grupos de trabajo popular. A veces "pueblo" querrá decir simplemente la

comunidad popular con la cual se está trabajando. En este caso, aunque el sentido (conceptual) sea distinto, el significado (objetivo) es el mismo: nos referimos a la misma cosa.

Una caja de herramientas y no un recetario

Las posiciones e indicaciones aquí expresadas quieren ser claras y prácticas. Es la propia naturaleza del trabajo la que exige esto, como también los destinatarios. Estos, en efecto, buscan directivas concretas fundadas en la acción y reflexión con miras a mejorar su propio trabajo.

Este librito no debe utilizarse como recetario, sino como una caja de herramientas. En él se encuentran instrumentos de toda clase, unos más útiles que otros. Ahora bien, de una caja de herramientas se toma lo que se necesita para el propio trabajo. Lo importante aquí no es la herramienta, sino su uso; y, más que el uso, lo importante es el propio pueblo y su liberación.

2. CONVERSION DE CLASE DEL AGENTE

Situación inicial: una sociedad dividida

Este es el gran dato de entrada que siempre se debe tener en cuenta en el trabajo popular: la división social del trabajo: en trabajo intelectual (decisión) y trabajo manual (ejecución) y la división de clases: en clases dominantes y clases dominadas. Esta situación real - aquí apenas indicada - ha de permanecer como telón de fondo en todo el trabajo popular. Este en realidad arranca de ella (en cuanto a su forma de organización) y va en la línea de su superación (sociedad igualitaria).

Esta verificación elemental y general ya proporciona la línea de base del trabajo popular: *reforzar la posición del pueblo* (su saber y poder). Porque no es verdad que la existencia y la conciencia del pueblo sean simplemente la de sus dominadores (alienación absoluta). No. El pueblo tiene una existencia y conciencia propias, aunque dominadas, reprimidas, controladas desde fuera y desde dentro (introyección), precisamente por las clases dominantes.

La necesaria conversión de clase

Saquemos ahora las consecuencias de la situación global de la división de la sociedad (de trabajo y de clases) en cuanto al agente del trabajo popular.

En primer lugar, el agente externo debe *reconocer su situación de clase y el modo de su pensar y de su actuar*.

Y esto sin disfraces, con toda honestidad. Ser de una u otra clase, pertenece al destino histórico de cada uno. No depende de una opción voluntaria. Y esta pertenencia marca la conciencia y el modo de vida de cada uno. Es falso decirse uno igual al pueblo, identificado con él, desde el momento en que se es de otra clase. Esta actitud mistifica la relación con el pueblo y lleva a la dominación so pretexto de igualdad.

Por otra parte, este reconocimiento debe hacerse sin masoquismo ni mala conciencia, sin satanizar la propia situación social ni canonizar la del pueblo. Hay ventajas y desventajas específicas en cada una de ellas.

Por eso mismo - y es el segundo punto- *el agente externo necesita de una "conversión de clase"* . Lo que importa sobre todo no es dónde se está, sino de qué lado se lucha. Lo que cuenta no es el origen de clase ni la situación de clase, sino la posición, opción y práctica de clase. Se trata aquí de "pasar hacia el pueblo", de situarse a su lado en la lucha por una sociedad nueva.

Sin embargo esto tiene su precio. Pues implica, en primer lugar, *romper con los intereses y la mentalidad de la propia clase*. E implica también *guardar ciertos valores, desarrollarlos y pasarlos al pueblo*. ¿Qué guardar y qué dejar?

Lo que se debe dejar: la ideología

Comencemos por lo que el agente externo debe rechazar en su relación con el pueblo. Digamos que el agente debe romper con la ideología típica de su clase y con los intereses que ella expresa. Entendemos aquí ideología tanto las ideas como las actitudes y comportamientos propios de una clase.

Fijémonos en el agente de "clase media", que es de donde provienen la mayoría de los "agentes externos". Porque esta clase no constituye una clase esencial en nuestra sociedad y porque no constituye una clase *definida*, su ideología lo mismo que sus intereses, tampoco son definidos. Ella se define solamente a partir de la ideología de las otras clases fundamentales, con las cuales coincide en determinados momentos o según determinadas fracciones suyas. Por eso la definición ideológica de la "clase media" es esencialmente su *indefinición*. He aquí unos rasgos "característicos" de su ideología.

1. **Posición encima del muro**, que puede ser expresada en las siguientes actitudes:
 - . oscilación ora a la derecha, ora a la izquierda, y de ahí la poca firmeza de sus compromisos;
 - . oportunismo, que hace tomar la posición más conveniente al momento;
 - . pretensión de neutralismo político;
 - . creencia en las soluciones negociadas a cualquier precio (colaboracionismo de clase).

2. **Gusto por teorías abstractas**, que se expresa en:

- . disputas de ideas y no de prácticas (para huir del compromiso);
- . tendencia a la intelectualización de los problemas, a huir hacia las nubes, a adoptar un universalismo vacío, a desmaterializar las cosas;
- . revolucionarismo retórico, sin mayores consecuencias;
- . sectarismo político con rasgos de fanatismo y resentimiento;
- . pretensión intelectualista de dirigir el proceso histórico y de guiar al pueblo;
- . moralismo en la comprensión y solución de las cuestiones sociales.

3. Individualismo, manifestado en:

- . aislamiento social e ideológico ("cuantas cabezas, tantas opiniones);
- . egoísmo de intereses ("cada cual para sí...");
- . falta de espíritu de cuerpo, de clase (ya que no existe como clase definida);
- . privatismo en la solución de los problemas ("depende de cada uno");
- . interiorización espiritualista de los conflictos en la forma de "crisis existenciales", etc.

Pues bien, es de toda esta mentalidad, y de los intereses que ella esconde/ manifiesta, de los que el agente - clase - media debe despojarse si quiere aproximarse a las clases populares para servirles. En realidad, más que de una conversión, se trata de una *definición de clase*. Es claro que esta definición sólo se puede hacer en el proceso mismo con el pueblo, pues allí es donde se pueden identificar y superar las propias alienaciones de clase. Evidentemente, la disposición para esto debe ser previa en cuanto representa una apertura al cuestionamiento y al cambio. Sin esta disposición de fondo, no existe trabajo popular que transforme a la persona.

Lo que hay que conservar: valores universales

Hemos visto lo que el agente debe abandonar; pero ¿qué es lo que debe conservar para pasarse al pueblo?

Debe conservar todos los *valores humanos y culturales* que son útiles para la lucha y la liberación del pueblo. En realidad no todo lo que es de la clase media es de clase media. Es decir: no todo lo que vive o adopta la clase media es característico de ella. No se puede confundir la *naturaleza* de ciertos valores, que por sí mismo son universales, aunque monopolizados injustamente por una clase, y su utilización o función ideológica. Así pues, tenemos que distinguir lo que es propio de la clase (clasista) y lo que es humano y universal y que ha sido apropiado ilegítimamente por ella. Aquí sucede en el orden de los valores y habilidades varias lo que sucede con los medios de producción: éstos son propiedad privada, pero su destino es colectivo. La cuestión no es, pues, destruirlos, sino apropiarse de ellos, no sin antes reorganizarlos profundamente.

Ahora bien, entre los valores *de la clase* (sin ser *de clase*) que el agente de clase media debe conservar, se pueden enumerar:

- habilidades técnicas útiles a todo el pueblo: leer, escribir, contar, curar, escribir en máquina, encaminar un proceso, etc.;
- informaciones de carácter histórico y de actualidad;
- capacidad teórica para analizar la realidad y sistematizar los conocimientos;
- valores de carácter humano, como el cultivo de la subjetividad, que en la clase media sólo tiene viciado su lado exclusivo y excluyente), etc.

Todos estos valores representan riquezas que no se deben abandonar, so pena de dejar al propio pueblo privado de aquello a que tiene derecho y que necesita conquistar. Por tanto, estos valores deben ser pasados, comunicados al pueblo y en cierto modo democratizados o socializados.

Cómo transmitir al pueblo valores de origen no popular

Naturalmente, la socialización de estos valores no se produce sin más. Ella supone en primer lugar una *relación pedagógica correcta*, que determine el momento, la medida y el modo de su comunicación. Nada, pues, de ir arrojando encima del pueblo "nuestras riquezas", sin más, con el pretexto de que el pueblo ha estado privado de ellas por mucho tiempo y que ahora ha llegado el momento de recibirlas.

En segundo lugar, es necesario *refundir* esos valores, que vienen siempre revestidos de una forma de clase ("burguesa"). Por eso es necesario purificarlos e inclusive convertirlos, para que puedan ser asimilados provechosamente por las clases populares. Esto es evidente, por ejemplo respecto a la ciencia, que, aunque tenga vocación universalista, fue creada y elaborada por la burguesía y lleva en su expresión cultural (lenguaje, instrumentos de producción científica, etc.), las marcas de nacimiento (inclusive la teología y el marxismo).

En realidad, "todo lo que se recibe, se recibe al modo de quien lo recibe" -decían los maestros medioevales. Así, valores universitarios, vividos hasta entonces por una clase, sólo pueden enriquecer a otra clase cuando son recibidos y asimilados según los esquemas de esa otra clase. Valores universales, de los cuales fueron portadores y beneficiarias las clases dominantes, sólo puede ser vividos correctamente por el pueblo al modo de éste, es decir, *popularmente*. Y esto vale tanto para el tener como para el poder, el saber, e inclusive el creer. Donde se ve que no es sólo el agente es quien debe convertirse, sino que también se debe convertir la riqueza que él lleva consigo en su trabajo popular.

¿Conversión del agente interno?

La cuestión del cambio ideológico y político (conversión o definición de clase) se ha referido aquí al agente externo. Pero el agente interno también puede ser llamado a la conversión, justamente en la medida en que tiene *introyectado al opresor* dentro de sí y por eso piensa y actúa según los dirigentes de las asociaciones populares de todo género.

En este caso, el propio agente oprimido necesita de conversión: conversión a la propia clase y a su liberación colectiva. Evidentemente el proceso de conversión aquí obedece a una dinámica propia. Es la dinámica del propio trabajo popular de que estamos tratando aquí. Es decir: en el proceso de la reflexión/acción es donde el agente popular alienado puede convertirse (sobre todo si es apenas ingenuo) o revelarse y desenmascarse (si es malintencionado). Pero todo esto se verá mejor más adelante.

3. EL PAPEL PARTICULAR DEL AGENTE

El agente externo no es sólo diferente del pueblo por su extracción y su situación de clase, sino también por su posición en el proceso o marcha de liberación. En realidad él es un agente y como tal tiene un papel más que especial. Y esto vale también para el agente popular.

Este papel puede ser político, técnico, pastoral, educativo. A falta de un término mejor y más apropiado podríamos quizás hablar de *función pedagógica*, para englobar todas las funciones de crecimiento integral de la comunidad o del pueblo.

Importa que el agente, a más de reconocer su carácter de clase, reconozca y asuma su posición específica junto al pueblo. Tal posición puede ser designada como *alteridad* o *diferencia pedagógica*

De hecho es una ilusión decirse o pretenderse "igual al pueblo". El igualitarismo como tentativa e inclusive como apariencia o impresión de puro achatamiento entre el agente y el pueblo, debe ser desenmascarado como una farsa.

La igualdad entre el agente y el pueblo se da en otro nivel, más profundo que el de la mera copia o máscara. Cómo veremos luego, la igualdad consiste en la identificación en una misma causa o proyecto fundamental, en una misma práctica o lucha y finalmente, y en cuanto es posible, en un mismo universo cultural.

Si alguien es o se vuelve agente es porque tiene algo que ofrecer al pueblo, tiene una contribución particular para darle a su marcha. El agente es agente porque es diferente. Y esto es lo que tiene que verse y asumirse.

Ahora, el hecho de ser diferente no coloca de por sí al agente fuera o por encima del pueblo. Se trata por el contrario de un servicio que debe ser prestado sin arrogancia y casi por imposición histórica. Antes que ser un título de gloria o mérito, es una obligación ética y una misión social objetiva. "¡Ay de mí si no trabajo con el pueblo!" -podría decir el agente, parodiando a S. Pablo.

Por esto, sólo quien no entiende su posición real en el proceso de crecimiento popular puede pretender o dirigir al pueblo o ser absolutamente igual a él. Aparecer por encima del pueblo o desaparecer en medio del pueblo no interesa al final de cuentas al pueblo. Esto sería no ayudarle. Se trata de estar al lado o en medio del pueblo, siendo lo que se es, sin fantasías o máscaras, y haciendo de su diferencia un servicio.

Cómo caracterizar al agente

Podríamos aquí, más que definir, describir o caracterizar la función propia del agente en su diferencia pedagógica (siempre en el sentido amplio de la *paidéia* griega, como función integral). Vamos a caracterizar la función del agente por medio de un esquema que hablará por sí mismo.

Dos modelos de agente o educador [Cuadro]

Observemos aquí que las figuras del agente o educador como partero, agricultor y médico nos vinieron entre otras menos felices (alfarero, domador), de la tradición griega, y fueron utilizadas especialmente por Platón, en general en boca de Sócrates. Conviene anotar que son simples comparaciones, que, como tales, siempre claudican por una o varias partes, en especial aquí la del médico.

Esas figuras pueden evidenciar una alteridad pedagógica exagerada si las tomamos como profesiones. Pero indican correctamente la especificidad de la acción pedagógica -trabajo a partir de dentro- si nos fijamos en la función o práctica concreta de esos tres personajes. Se trata ahí, en verdad, de una *distinción de funciones* y no de una *división de categorías* o personas.

De hecho, ser agente no es una cualidad ligada a la persona, sino a su función. Por lo demás, el agente no es sólo ni siempre agente. En la base de todo, es persona humana. El agente es también accionado. Su lugar o función diferencial es una exigencia del grupo y no un predicado de su persona.

Por eso la función pedagógica (como también la función política) es absolutamente *relativa*. Por lo tanto, el agente verdadero actúa, sí, y con todo su vigor propio, pero siempre con la máxima discreción y haciéndose notar lo menos posible, sea por los títulos, sea por la publicidad. Es porque la modestia es intrínseca al cargo de agente.

Así, la alteridad que debe reconocer y asumir el agente, es la alteridad de una función propia dentro y al servicio del grupo y no una alteridad de distancia o de superioridad.

Autonomía del pueblo: objetivo del trabajo popular

Sí, porque el proceso educativo tiene como objetivo esencial la autonomía del educando. Autonomía como autodeterminación o autodirección, y no propiamente como independencia absoluta, pues el hombre vive necesariamente en situación de dependencia mutua debido a su carácter social.

Esto significa que el agente, como figura educativa, está destinado a ir desapareciendo, hasta dejar por completo de ser indispensable. Pues importa que el pueblo llegue a "caminar con sus propios pies", libre de cualquier tutela.

Evidentemente el trabajo de un agente en el proceso popular lleva inicialmente al pueblo a una cierta dependencia del agente. Tal dependencia se da precisamente en aquello que el agente trae de nuevo: una competencia, una capacidad de convocación, una contribución técnica o cultural, etc. Tal dependencia inicial es absolutamente natural y pertenece a la dialéctica del proceso educativo. La verdadera cuestión es el proceso: ¿para dónde lleva?

En efecto, la realidad es que el pueblo vive en una situación objetiva de opresión y alienación, o sea, de dependencia y sujeción frente a las clases dominantes. Ciertamente, el pueblo resiste, lucha y ataca. Pero sin el "salto" de la conciencia crítica, para lo cual es indispensable la presencia de una mediación educativa, la reacción popular permanece en el nivel elemental, fragmentario, desorganizado.

La valorización del pueblo y de su potencial cultural y político no debe hacer olvidar la situación dominante que él vive y sufre, y que es justamente la dominación de clase. Si no fuera por eso el pueblo ya estaría en el poder y no tendría mayores problemas. Sin duda, aquí y allá el pueblo consigue imponerse, pero en el conjunto está oprimido (hasta el punto de que "clases populares" significa "clases subalternas").

Por esto mismo todo el esfuerzo del agente es reforzar el poder del pueblo hasta que éste alcance su autonomía o autogestión entendida como control de sus propias condiciones de vida. De allí que la gran cuestión del agente educador es si su acción lleva al pueblo al crecimiento y a la libertad cada vez mayor, o a lo contrario. Esto supone que la interferencia del agente externo va disminuyendo en proporción inversa, hasta que el pueblo pueda organizarse solo.

Etapas de crecimiento de una comunidad

Se podría decir que esta marcha hacia la autonomía pasa por tres fases:

1. Inicialmente el agente trabaja *para* el pueblo. Es como si lo *cargara*, lo llevara.
2. Después el agente trabaja *con* el pueblo. Es como si lo *amparase* para que intente caminar con sus propios pies.
3. Finalmente, el agente trabaja *como* el pueblo. Es como si el pueblo ya pudiera caminar por propia cuenta.

En este punto el agente no sale del escenario; solamente cambia de papel; continúa siendo parte viva de la marcha, pero ya sin la función del principio, pues ésta ya ha sido incorporada por el pueblo o por gente del pueblo. En este sentido es como el educador desaparece como educador, no naturalmente como persona.

Evidentemente, para que tal proceso de autonomía llegue a suceder, es preciso que el propio agente haga el camino inverso: el de su identificación y educación progresiva a partir del pueblo. En realidad, el proceso pedagógico es doble: consiste en el *encuentro recíproco* de la gente y su saber con el pueblo. Y esto sucede en *contexto de reciprocidad*, diálogo y coparticipación vital. Solamente en el intercambio de saberes se desarrolla el proceso educativo, sea del lado del agente, sea del lado del pueblo.

Todo esto vale para el agente en la medida en que es educador y no en la medida en que es dirigente. Pues aquella función es por naturaleza pasajera (aunque haya siempre una "educación permanente", siguiendo, sin embargo, otra dinámica), en cuanto que esta última es permanente. En cuanto a la función de dirección, ella también deberá ser incorporada de modo creciente por el pueblo, hasta que éste produzca sus propios dirigentes. Este es un elemento fundamental para la autonomía popular

4. INSERCIÓN: CONDICIÓN PREVIA INDISPENSABLE

Se piensa a partir de los pies y de las manos

Vimos que la situación de partida del trabajo popular es la división social del trabajo y de clase. Vimos también que la función fundamental del agente es situarse en medio del pueblo para contribuir, desde dentro, a su autoliberación. Decimos además que todo eso supone una conversión de clase, conversión esta que se expresa en el compromiso o empeño con las clases populares.

Ahora bien, para que todo esto se pueda realizar, es absolutamente necesario que el agente se inserte en el ambiente popular. Cuando se habla aquí de inserción, se entiende por ese concepto una presencia o contacto *físico* con el universo popular. Se trata de participar concretamente en la vida del pueblo, de convivir con él, de establecer con él un lazo orgánico.

Sin esta inserción real el agente;

-no tendrá condiciones objetivas de deshacerse de sus tareas de clase;

-no podrá evitar el autoritarismo o relaciones de dominación en el ejercicio de su papel pedagógico;

-y tampoco tendrá condiciones de asumir una mística y una metodología realmente liberadoras - como también lo veremos más adelante.

Si la conciencia se nutre de las experiencias concretas (como lo vieron los filósofos, de los griegos hasta Marx, pasando por los escolásticos), si se piensa a partir de los pies (lugar social) y de las manos (prácticas), es indispensable que se entre en contacto vivo y participante con la vida del pueblo si es que se quiere entenderla y trabajarla.

Es evidente que la inserción física, local inclusive, no basta. Pero es una condición indispensable y fundamental.

La lección de una experiencia importante

Es el campo de la pastoral popular donde más se ha avanzado en ese sentido. No hay agencia educativa en la sociedad brasileña que haya llevado más en serio la necesidad de la inserción y encarnación concreta de los ambientes populares que la Iglesia. Fue todo un movimiento que agitó el cuerpo entero de la Institución eclesial en una línea de "pasar hacia el pueblo", "moverse hacia la periferia", "insertarse en los barrios populares", etc. Esta tendencia llevó a obispos a dejar sus palacios para instalarse en casas populares en las regiones pobres de la ciudad; condujo a sacerdotes a recorrer las favelas y las áreas rurales, antes abandonadas; arrastró a laicos cristianos a lanzarse en medio de los pobres en frentes de opresión y crisis particulares; envolvió sobre todo a las congregaciones religiosas en el sentido de dejar las "grandes obras" e ir a vivir en los barrios pobres para trabajar allí con el pueblo; obligó inclusive a los teólogos y a otros intelectuales cristianos a asumir compromisos concretos con grupos populares.

A diferencia de lo que sucedió en otras instituciones y corrientes, inclusive partidistas, este movimiento general y creciente de inserción fue favorecido por la movilización de toda la Institución eclesial, que garantizó así la continuidad y organicidad del movimiento; y también y sobre todo por una mística de conversión, encarnación y kénosis (despojamiento) que lanza sus raíces en lo más profundo de la propia fe cristiana.

Esta experiencia llevó a la convicción (y ésta puede servir de lección general para el trabajo popular) de que sin inserción concreta no puede haber un trabajo popular correcto. Es por tanto una condición previa básica, indispensable, aunque insuficiente, que el agente se identifique lo más posible con el pueblo mediante un contacto vivo con éste. La fecundidad pastoral y política de esta experiencia representa una convicción ya hoy indiscutible y un logro definitivo del trabajo popular.

Tipos de inserción

Sin embargo, las formas objetivas o expresiones concretas de inserción pueden ser mayores o menores. Ellas admiten grados distintos. Podemos indicar aquí esos grados o formas crecientes de inserción:

1. Contactos vivos

Es la forma más elemental de sentir la realidad del pueblo. Se trata aquí de una presencia pasajera y discontinua con el mundo de la pobreza y opresión. Este es el nivel mínimo necesario para poder asumir realmente la causa del pueblo y realizar el propio compromiso por su liberación. Pues inclusive viviendo en un lugar social no popular como sería el de la propia clase, es posible colocarse políticamente al lado del pueblo. Pero este compromiso puede mantenerse en forma correcta y continuada solamente con la condición de que exista una vinculación orgánica mínima del agente con el pueblo. Por otra parte, la limitación de este mínimo, expresado por contactos no continuos, es esta: no permitir una real inmersión cultural en el mundo popular, con el peligro de volverse simplemente una especie de turismo.

2. Participación continuada

Tenemos aquí ya un modo de inserción más avanzado. En este se escoge una comunidad de referencia o de incardinación, cuya vida se acompaña en forma constante o en cuyas prácticas concretas (pastoral, sindical, etc.) se toma en forma continuada.

3. Vivienda

Morar en un barrio popular es una forma de sumergirse más a fondo en las condiciones de vida de los oprimidos por efectos de la impregnación que él permite. Por lo demás, es a esta forma particular a la que se hace alusión hoy cuando se habla de inserción en los ambientes populares.

4. Trabajo

He aquí un modo exigente de compartir la experiencia de vida de las clases populares. Se trata de una inserción en su mundo de trabajo (productivo), que marca toda su existencia de modo determinante. La inserción aquí es tanto más fecunda cuanto más decisiva y rica es la esfera en que se da.

5. Cultura

La inserción supone, en este nivel, que se incorpore el estilo de vida del pueblo en la línea de la vivienda, del hablar, del vestir, comer, pensar, e inclusive de orar y de creer.

Estos son los diferentes *grados* de inserción. Pero se pueden establecer también *formas* diversas, no escalonadas, de identificarse con el pueblo. Se adopta esta o aquella forma en función de las *condiciones objetivas* y de las *disposiciones subjetivas* de cada uno.

Sin duda el propio proceso del trabajo popular comprende una dinámica que lleva al agente a aproximarse en forma creciente al pueblo y a sus condiciones de existencia.

Objetivamente no todas las formas son equivalente: ofrecen, unas más, otras menos condiciones para realizar un trabajo popular liberador. Sin embargo desde el punto de vista *subjetivo*, una forma produce más o menos frutos también en función de la intensidad personal con que es asumida. Así, puede suceder que una comunidad de agentes, aunque more y trabaje en el mundo del pueblo, venga concretamente a hacer muchos menos que otra, que sólo tiene con él relaciones funcionales en torno a un proyecto concreto, pero que se empeña en él más a fondo.

Insertarse para compartir y finalmente liberar

También es necesario decir que la inserción no es todo. Es sólo el punto de arranque para algo que viene después y que ella posibilita. Por eso la inserción no puede ser idealizada como la panacea del trabajo popular. Ella no es fin: es medio. Ella mira a buscar la *alianza* concreta y práctica del agente con el pueblo y del pueblo con el agente, siempre en favor del pueblo. Ella tiene sentido en la medida en que permite la participación y el intercambio de las riquezas y de los servicios mutuos con miras a la liberación. Pues es a partir de la inserción como el agente podrá descubrir su propio carácter de clase, y de convertirse, comprender realmente las condiciones de existencia y conciencia del pueblo y contribuir afectivamente a su crecimiento. Por otra parte, es también a partir de la inserción del agente en el pueblo como éste podrá elevar su nivel de conciencia, organización y lucha.

En realidad, el objetivo concreto más alto tanto de la inserción como del compartir es realizar el *proyecto* común de una sociedad liberada e igualitaria, en la cual la asimetría estructural agente-pueblo sea finalmente superada. Tal es el *proyecto* y al mismo tiempo el *proceso* de la relación agente-pueblo.

Así, la inserción sólo puede entenderse próximamente dentro de la perspectiva de la alianza o diálogo agente-pueblo y, más remotamente, dentro de la perspectiva más amplia de la liberación social.

¿El agente popular también debe insertarse?

Para el agente popular la cuestión se plantea, de modo distinto. La necesidad de inserción corresponde para él a la *participación* en las luchas del pueblo. Es a partir de allí como el agente popular se califica como tal.

Otra cuestión del agente popular es, una vez en funciones, no desligarse de la base, sino continuar enraizado e inserto en ella. Pues, como estamos viendo, tal es la condición previa para un correcto trabajo popular.

5. LA MISTICA DEL TRABAJO POPULAR

En la raíz del trabajo popular y de la propia inserción encontramos un conjunto de convicciones y motivaciones fundamentales que animan el compromiso del agente con el pueblo.

Aquí tocamos una zona de profundidad que raras veces es explicitada, pero que subyace en la raíz de la práctica de todo agente. ¿Cómo llamar ese nivel profundo, oscuro, en que la práctica histórica echa sus raíces? A falta de otra palabra mejor, llamémosla *mística*. Ideología, filosofía de trabajo, ética o concepción de vida serían otras designaciones, pero menos adecuadas para lo que aquí queremos explicitar.

Sin mística, cualquier método de trabajo popular se convierte fácilmente en técnica de manipulación y las reglas metodológicas acaban transformándose en fórmulas rígidas y sin alma.

Describimos aquí los principios de vida o las actitudes de fondo que presiden el método de acción con el pueblo y que pueden reunirse bajo el nombre de mística del trabajo popular.

1. Amor al pueblo

Pueblo tiene aquí un significado concreto de conjunto de personas. Es el personal, la gente, la comunidad. No es un conjunto de entidades abstractas y anónimas, que, naturalmente, sería imposible amar.

Sin amor al pueblo, sin simpatía y buena voluntad para con las personas del pueblo, no se puede realizar un trabajo liberador. Para eso se necesita un contacto vivo con el pueblo. Sólo a partir de allí se puede establecer con él una "conexión sentimental" que sea fecunda.

No raras veces se encuentran agentes, inclusive religiosos, que alimentan muchas veces inconscientemente un profundo desprecio por los oprimidos, inclusive cuando los ayudan con gran dedicación. Pero lo hacen por consideración, viendo en el otro un simple objeto de su generosidad.

Sólo la *compasión* como sentimiento de identificación afectiva y efectiva profunda, en el sentido etimológico del término, ve en el otro al *sujeto* de un derecho, del cual fue injustamente privado, y reivindica al otro como igual a sí mismo. La conmiseración da con arrogancia, mientras la compasión ofrece como pidiendo perdón.

No es muy difícil percibir cuándo un agente quiere realmente al pueblo y es, a su vez, querido por él: cuando las relaciones entre uno y otro son de igualdad fundamental. La señal más evidente de esto se encuentra en la *libertad de palabra* que tiene el pueblo frente al agente. El hablar franco e inclusive crítico es índice de una relación fraterna y madura.

Pasemos por encima del agente *autoritario*, que odia y desprecia al pueblo (hasta su olor). Evidentemente, ante él, el pueblo tiene la *palabra prisionera*. Pero con el agente *paternalista*, que parece amar al pueblo y ser querido por él, las cosas no suceden de modo muy diferente. La actitud del pueblo frente a él es de expectativa, de gratitud servil y de dependencia. Y la señal más clara de esta dependencia es la palabra - eco, la palabra - reflejo: el pueblo dice lo que el agente espera que diga y no lo que él mismo realmente piensa.

Amar al pueblo es amar al "*pueblo-sujeto*" y jamás al pueblo-objeto. Es amarlo en razón de fin y nunca de medio, aunque sea para la "revolución" o la "sociedad nueva".

Querer bien al pueblo es querer su bien. Es luchar por su igualdad (*opta aequalem*: Agustín). Es, en suma, buscar su *autonomía*. Pero más que una regla, es el criterio del amor verdadero: si vuelve autónoma o esclava, o libera o somete.

Cuando hablamos aquí de amor al pueblo, abarcamos en esta actitud de fondo una carga inclusive *afectiva*. En verdad, si en la base de la relación pedagógica (siempre en el sentido de la *paideia*) no hay esa raíz de afecto y ternura, no se va muy lejos. "Hay que endurecerse, pero sin perder la ternura jamás" (Che).

El trabajo popular ha de ser un "acto amoroso" (P Freire). O mejor, ha de desarrollarse dentro de un "espacio amoroso". Sin esta actitud espiritual, toda metodología cae en el behaviorismo, transformándose en tecnología de la estimulación.

2. Confianza con el pueblo

Esta motivación fundamental es consecuencia de la anterior. Pues amar al otro como sujeto es amar sus posibilidades y su futuro. Es amar lo que él es, para que llegue a ser lo que puede y debe ser.

El agente ama al pueblo, no porque éste es oprimido. Sería pietismo. El agente lo ama porque, siendo libre, está oprimido. Lo ama porque debería ser reconocido y se encuentra humillado.

En realidad, la pobreza del pueblo es empobrecimiento. Su debilidad es debilitamiento, su ignorancia es desconocimiento. No es que el pueblo haya sido alguna vez rico, fuerte y sabio, no. Lo que sucede es que a él se le prohibió desarrollarse, se le impidió crecer, se le reprimió en sus potencialidades y se le cohibió en sus aspiraciones.

Por eso mismo, todo trabajo popular es un trabajo de *liberación*: quitar la obstrucción, quitar el impedimento que obstaculiza la vida y el desarrollo.

Ahora bien, creer en las potencialidades del pueblo y en su destino histórico hace parte de las convicciones más profundas del agente realmente popular. Y si a esta convicción vienen a añadirse motivaciones de orden religioso (el pueblo como Pueblo de Dios, etc.), entonces ella se potencializa hasta el extremo.

Por eso, en el trabajo popular debe haber esa confianza básica en el pueblo. Confianza en su sabiduría y capacidad de comprensión, confianza en su generosidad y capacidad de lucha, confianza en su palabra.

Evidentemente, la confianza en el pueblo no es ingenuidad e irresponsabilidad. Existen las preparaciones y precauciones necesarias. Pero todas esas providencias pedagógicas ocupan lugar dentro de esa actitud primera: confiar en el pueblo como sujeto principal de la historia. Lo contrario de eso es el miedo. El miedo al pueblo sólo lo tienen los déspotas, por su fuerza, y los dirigentes paternalistas por su pretendida debilidad.

Por lo tanto, más que una fuerza actual, el pueblo posee un potencial, una fuerza en reserva, a la espera de su activación y lista para su eclosión. Se trata de un "potencial político". Y también de un potencial evangelizador (Puebla 1147).

Esta confianza básica en la fuerza (potencial) del pueblo da al trabajo popular un tono de esperanza e inclusive de alegría fundamental.

3. Aprecio a lo que es del pueblo

Apreciar las cosas del pueblo tiene aquí el sentido, de observar con simpatía, mirar disfrutando lo que se está viendo.

Aquí no se trata de una observación curiosa y egoísta, sino de una atención afectiva e interesada hacia las cosas de la vida del pueblo. Es percibir y valorizar las manifestaciones positivas de la cultura popular.

De antemano lo popular merece ser considerado con simpatía. Utilizar aquí sistemáticamente la presunción de la alienación, es falsear toda relación del agente con los modos de vida del pueblo.

Sabemos que el discurso del pueblo es el discurso de la propia vida y que es más de gestos que de palabra. Por eso mismo es preciso sobre todo observar. Y también escuchar. Pero escuchar con un tercer oído, intentando percibir bajo el discurso manifiesto el discurso latente. Lo que el pueblo dice interesa menos que aquello que *quiere* decir.

De hecho, el carácter metafórico o transferencial es característico del lenguaje popular; el pueblo dice una cosa para significar otra. Esto hace parte de su *maña* o táctica astuta. Ingenuo sería el agente que interpreta todo literalmente, declarando luego desde lo alto de su cátedra pretendidamente "crítica", que el pueblo está del todo alienado...

Es preciso pues observar con cuidado los modos y gestos del pueblo. Más aún, es preciso conocer la historia de las luchas de la comunidad en el seno de la cual se trabaja. De hecho, la intervención del agente se da dentro de un proceso de lucha que ya desde siempre ha sido iniciado por el pueblo. El agente no es un inaugurador, sino un continuador. No es un fundador, sino un seguidor. No un padre, sino un hermano. No un señor, sino un compañero.

Por lo tanto es a partir, en la base y en la prolongación de la marcha del pueblo, desde siempre ya en curso, donde se coloca la contribución propia del agente. Desconocer la lucha de la comunidad es muchas veces colocar la propia contribución en lo aéreo de los propios proyectos abstractos. La historia no comienza con el agente, sino con el pueblo. Con el agente puede dar un paso adelante, a veces decisivo, pero siempre a partir de etapas anteriores.

Ciertamente es necesario tener un conocimiento crítico y global del sistema social en que se inserta una comunidad. Pero tal saber permanece abstracto si no sirve para interpretar correctamente el sufrimiento y la lucha del pueblo en cuestión.

Este entendimiento crítico de la realidad popular permite también discernir entre lo que es *propio* del pueblo o *apropiado* por él en función de sus intereses, por una parte, y lo que es *antipopular*, disfuncional y alienante. Pero tal discernimiento se hace a partir de la valorización anterior y de fondo de lo que es del pueblo.

En suma, un trabajo popular sólo es radicalmente liberador cuando arranca de esta raíz; una actitud acogedora y positiva para toda manifestación del espíritu del pueblo: modos de hablar, de morar, de educar a los hijos, de vestir, de cocinar, de comer, de arreglar la casa, de divertirse, de trabajar, de amar, de cuidar la salud, de tratar a los ancianos, de relacionarse con los poderosos, de imaginar a Dios y a los Santos, de rezar, etc.

Porque a través de su cultura y de su horizonte mayor el pueblo busca su afirmación social e histórica.

4. Servicio al Pueblo

El agente que va al pueblo sólo puede ir motivado por un espíritu de servicio, en el sentido de colocarse *a la disposición* del pueblo y de sus verdaderos intereses.

Esta actitud implica asumir una posición hétero, centrada, es decir: vuelta hacia el otro y a su liberación. Servir significa asumir un papel subalterno, colocándose, no *al frente*, sino *al lado* o *en medio* del pueblo. Sin una actitud personal y profunda de servicio toda ley o mecanismo implica la manipulación del pueblo por parte del agente.

Servir jamás puede significar una relación de condescendencia, la cual muchas veces esconde un desprecio sutil e inconsciente para con el pueblo. Servir es más trabajar *con* el pueblo que *para* el pueblo.

En realidad entre la disposición subjetiva, generosa y seria, de servir y la realización objetiva de la misma hay mil trampas. Servir *al* pueblo fácilmente toma la forma de servirse *del* pueblo. Vivir *para* el pueblo muchas veces no pasa de un vivir *del* pueblo. Y aquí aparece el vicio del paternalismo.

Sin embargo, hay un criterio infalible para deshacer todos los equívocos del servicio: si con él se crea más autonomía o más dependencia; si libera o amarra.

Existe un auténtico trueque de servicios (en el saber, poder y tener) entre el agente y la comunidad. Pero este trueque - y esto es importante notarlo- no se da entre dos términos homogéneos. Pues agente y pueblo no son entidades con la misma posición y por tanto con el mismo peso histórico. Se trata, por consiguiente, de un trueque *desigual*. El agente coloca sus capacidades al servicio de un proyecto mayor, que es el del pueblo. No es el pueblo el que entra en el proyecto del agente, sino que es éste quien entra en el del pueblo. lo que más importa no es el agente, sino el pueblo. El pueblo no fue hecho para el agente sino el agente para el pueblo.

Con la disposición ética y espiritual del servicio, el agente coloca al pueblo en el centro de sus atenciones. Pero se trata, una vez más, del pueblo- sujeto y no del pueblo - objeto. Y colocar al pueblo-sujeto en el centro es considerarlo dueño de su destino y artífice de su camina. Es tomar en serio su libertad y su autonomía, su potencialidad y su esperanza.

No es que se exija aquí la entrega de la personalidad del agente (*sacrificium personnae*), sino justamente su incorporación en el proceso de liberación a título de miembro vivo y actuante, que sirve afirmándose y se afirma sirviendo.

5. Respeto a la libertad del Pueblo

Considerar al pueblo como sujeto, confiar en él y en su potencial histórico implica respetar al pueblo en cuanto a su palabra, a su marcha y a su iniciativa.

En primer lugar, el pueblo debe ser respetado en su *palabra*. Diga lo que diga, alienado o conservador inclusive, el pueblo debe ser oído con atención y respeto.

Nada más deseducativo que expresar con palabras o gestos, desdén, aborrecimiento o aversión respecto a la opinión - cualquiera que sea- de alguien del pueblo. Tal actitud inhibe a la persona, la reduce al mutismo y la aparta del trabajo común.

No es que este respeto implique automáticamente aprobación. Sino que cualquier crítica que se pueda o deba hacer a una palabra del pueblo sólo será constructiva en la base y a partir de una actitud fundamental de respeto y escucha anteriores.

De hecho, la concientización es un proceso de autoconcientización, o mejor, de interconcientización. No es inculcación doctrinal o manipulación. Ella se da en el diálogo entre todos, agenciado por el agente. Por eso mismo la palabra del pueblo debe decirse y oírse en plena libertad.

En este sentido, la "parresía" que reinaba en las asambleas políticas griegas y en el anuncio de los primeros cristianos (Hech 4, 13 etc) o sea, el hablar franco, señal de ambiente de libertad, exige, en contrapartida, escuchar respetuosa y atentamente.

En segundo lugar, respeto a la *historia* del pueblo y a su práctica en curso.

Sabemos que el pueblo no es un espacio virgen, sino un terreno marcado por acciones pasadas y presentes. Pues bien, es de la mayor importancia reconocer y valorizar al máximo ese capital de luchas y de saber (inclusive religioso) acumulado por el pueblo. Sólo así es posible eventualmente reaprovechar ese capital en las prácticas y propuestas que avancen hacia la liberación o de reforzar su marcha con la contribución propia del agente.

En tercer lugar, respeto por la *iniciativa* del pueblo. Se alude aquí a las propuestas o sugerencias del pueblo (de la base) y a su acción creativa y espontánea.

Ahora bien, el pueblo es, en última instancia (no en primera) juez de sus intereses y él es también el agente principal (no único) de su ejecución.

No es que el agente no deba plantear problemas e inclusive personalmente desaprobando iniciativas populares, sino que, para tener ese derecho, debe comenzar por respetar la libertad de iniciativa del pueblo y su decisión final.

Evidentemente, junto con el respeto, y más todavía en la base, es importante nutrir una actitud de escucha, una disposición al aprendizaje, a la crítica y a la corrección por parte del agente. Todo esto significa humildad, *kénosis* (despojamiento, vaciamiento) y apertura a la *metanoía* (conversión). Pues en este suelo profundo es donde echan sus raíces las prácticas y las estructuras de dominación del hombre por el hombre. Y aquí es preciso ser radical. Y la raíz del hombre es su corazón, o sea su libertad.

Mística de la liberación integral

He aquí algunas actitudes fundamentales que están detrás del trabajo popular y que configuran una especie de mística de este trabajo. Nos damos cuenta de que, en el fondo, se trata de una *espiritualidad*, aunque con trazos seculares. Efectivamente, aquí es el espíritu el que está en cuestión.

Y tal cuestionamiento alcanza su radicalidad máxima cuando reviste la forma religiosa, como pudimos intuir a lo largo de la exposición anterior, en particular en el último punto. Por eso, la mística que presentamos sólo alcanza su expresión plena como mística religiosa, especialmente como mística evangélica.

La propia mística del trabajo popular se funda en una visión general del mundo y de la historia. La visión propuesta aquí es la de un mundo y una historia abiertos a lo trascendente. Es la de un humanismo radical, la de una liberación integral. Por eso el trabajo popular, para ser verdaderamente político, tiene que ser más que simplemente político: tiene que ser radicalmente humano y por esto también religioso. Tal es el presupuesto fundamental de todo lo que aquí se dice en cuanto al trabajo popular de contenido prevalentemente (aunque no exclusivamente) político.

6. ACCION - RELFEXION: METODO DEL TRABAJO POPULAR

Tomamos aquí como método el conjunto de reglas o directrices prácticas que sirven para orientar la acción concreta, en el caso, el trabajo del pueblo.

Esta intención es quizás demasiado ambiciosa. Por eso sería mejor hablar de líneas de acción, pistas o simplemente de indicaciones o puntos prácticos para la acción concreta.

Lo que aquí se va a exponer proviene de la experiencia y reflexión del trabajo popular. Es esta experiencia misma reflexionada lo que sustenta y legitima las indicaciones que aquí se van a dar.

Nuestro esfuerzo será solamente el de recoger estas lecciones de la práctica, explicitarlas y organizarlas.

Es preciso también decir que el trabajo popular tiene aquí un carácter decididamente político. Hablando más claramente, él mira a la transformación de la sociedad. No es que la política sea todo, pero sí es el más apremiante desafío histórico (aunque ciertamente no el único ni el principal en sí) que está viviendo hoy el pueblo oprimido.

Trataremos en seguida del trabajo popular en general, dejando para más tarde la cuestión de la pastoral popular.

¿Cómo se da el trabajo popular? Se da dentro de este cuadro general: *la combinación entre acción y reflexión*. Se habla también de la dialéctica praxis/teoría. De hecho, las cuestiones sociales se resuelven mediante la *práctica* y la *comprensión* de la práctica.

Por tanto, en esta articulación entre las manos (actuar) y la cabeza (pensar) es donde se da el trabajo con el pueblo en el sentido de cambiar las relaciones sociales. Esta es la yunta que impulsa al carro de la historia. La unión de la práctica y de la teoría es la relación motora del trabajo popular. Una práctica sin teoría es una práctica ciega, o, a lo sumo, miope. No ve bien, o no ve lejos. Orienta los pies por las manos, y no llega a la raíz de los problemas. Es decir, se degrada en el activismo y, en la mejor de las hipótesis, en reformismo (cambia cosas del sistema, pero no cambia el sistema mismo).

No se resuelve los problemas solamente con el esfuerzo, la lucha y el compromiso, "enfrentamiento", "votando para quebrar". Se necesita la inteligencia de la situación para ver las posibilidades de acción. En caso contrario, lo que se hace es "dar puñetazos en la punta del cuchillo". Es lo que se llama "voluntarismo". Ahora bien, no todo depende de la buena voluntad o de la fuerza de voluntad.

Es evidente que es menos posible todavía resolver los problemas quedándose en discusiones interminables y propuestas "radicales". Pues nada sustituye a la acción directa y concreta. De hecho, una teoría sin práctica es ineficaz para cambiar el mundo. Es como tener ojos y no tener manos. Es la sola práctica como acción concreta, la que transforma el mundo. Y la teoría existe en función de la práctica. Esta debe tener siempre la primacía sobre toda reflexión.

Por lo tanto, todo el trabajo popular necesita de estos dos elementos, ligados entre sí: teoría (reflexión, estudio, análisis, comprensión) y la praxis (práctica, acción compromiso, lucha).

Se trata más exactamente de dos momentos de un mismo proceso o de dos tiempos de una misma marcha liberadora. Es importante que estos dos momentos estén siempre articulados o interligados entre sí. Así la acción debe estar siempre iluminada y orientada por la reflexión y la reflexión vinculada y referida a la acción (hecha o por hacer).

En resumen, se puede decir que todo el trabajo popular, como trabajo político, se ejecuta dentro de la dialéctica teoría - praxis. Comprende la formación de la conciencia y la formación de la experiencia o acción. Acción lúcida y lucidez activa.

7. COMO INICIAR UN TRABAJO CON EL PUEBL

He aquí una pregunta concreta y frecuente. Van aquí algunas sugerencias indicada por la práctica.

1. Participar de la marcha

Antes de cualquier trabajo con el pueblo, es importante y conveniente repetirlo aquí - estar, en una u otra forma, *inserto* en el medio del pueblo. Es preciso estar participando de su vida, y no solamente por contactos y visitas. Es sólo la participación en la vida y en la lucha del pueblo lo que da base a una persona o grupo de agentes para comenzar un trabajo junto a él. Pues sólo de esta manera es como una persona alcanza la confianza del pueblo y adquiere poder de convocación y movilización popular.

Es este el primer momento del trabajo popular: tomar piso en la realidad, bañarse en el ambiente. Este paso puede tomar la forma más elaborada de un sondeo en torno a algún problema (salud, religión, etc.) sentido por la comunidad en cuestión. Conviene empero que tal empresa envuelva en cuanto sea posible y desde el principio, la participación de gente de la propia comunidad.

Es evidente que las cosas son más fáciles cuando alguien entra en un trabajo ya iniciado por otros, pues allí basta acompañar por un tiempo a los que ya están absorbidos en él.

2. Partir de los problemas reales

Los problemas sentidos por la comunidad aparecen como particularmente reales cuando toman la forma de un conflicto, de una necesidad apremiante, de un anhelo o demanda, de un interés concreto. Del suelo de la realidad, especialmente de la realidad contradictoria, es de donde puede nacer un trabajo popular promisorio. Pues es en torno a las necesidades o intereses vitales como el pueblo se puede mover, y no a partir de esquemas y propuestas de arriba o de fuera, por muy buenas que sean.

3. Encajarse lo más posible en la marcha del pueblo

La acción del agente busca insertarse en las iniciativas, luchas e inclusive acciones embrionarias ya en curso. De allí la importancia de descubrir, ya desde el primer paso, el modo cómo el pueblo está reaccionando a los problemas que tiene. No se trata, pues, de crear cosas paralelas a las del pueblo o de comenzar todo del cero absoluto, cuando ya existen respuestas o elementos de respuesta para el problema planteado. En cuanto sea posible hay que aprovechar siempre lo que ya existe, y a partir de dentro, dan vida ese primer embrión. Puede tratarse de una acción llamada espontánea porque ha sido poco o nada organizada. Puede ser un grupo ya existente, una asociación determinada, con sus dirigentes populares propios.

Es evidente que, respecto a éste o a aquél trabajo, es posible que no haya realmente nada en una comunidad definida (alfabetización, guardería, sindicato, comunidad eclesial de base, etc.). Entonces es preciso comenzar, pero siempre a partir de algún punto de inserción, sobre el cual se inserta la propia propuesta.

4. Convocar a la comunidad

Es preciso, finalmente, tomar la iniciativa y llamar al pueblo para un encuentro. Nada excusa del llamamiento a la reunión. Es la experiencia la que lo dice. Alguien debe comenzar a levantar la voz. Y esto puede hacerlo sólo quien ve el problema en cuestión y logra expresar claramente lo que un grupo siente indistintamente. Este es el animador y no quien se da por tal (por eso, esta competencia se gana en el proceso).

Reunidas estas condiciones, y reunido finalmente el grupo en torno a un problema definido, está desencadenado el trabajo popular. Es preciso todavía ver cómo proseguirá. Es el tema de los dos puntos siguientes.

8. (II) METODOLOGIA DE LA EDUCACION POPULAR: CONDICIONES INTERNAS

Decíamos que el trabajo popular se realiza en dos momentos: reflexión y acción. El primer momento (reflexión) tiene un cuño esencialmente educativo. Consiste realmente en una actividad teórica, que mira a la comprensión de la realidad, a la concientización. Es esencialmente un "acto de conocimiento". Se trata aquí de la *educación popular*. Más adelante abordaremos el segundo momento - la acción directa - de cuño esencialmente práctico y a veces político ("acto político").

Indudablemente el primer momento incluye también una dimensión práctica (e inclusive política) y el segundo, a su vez, es actuar, aunque se reflexiona a partir y en función de la acción. Igualmente, actuar no es reflexionar, aunque se actúa a partir de la reflexión y se actúa pensando.

Algunos elementos componen el contexto de la parte propiamente educativa del trabajo popular. Son las condiciones que acompañan y encuadran el proceso de la educación popular.

1. Diálogo

Toda educación tiene lugar en una dinámica de diálogo. No es preciso aquí retomar toda la doctrina de Paulo Freire, sino recordar algunos puntos importantes.

En primer lugar, hay que evitar todo adoctrinamiento, que es llenar la cabeza del pueblo con sistemas de ideas o esquemas de acción ya montados. Educar no es adoctrinar. Evitar, pues, todo autoritarismo pedagógico. Esta forma de educación que consiste en transferir el conocimiento del agente al pueblo, fue llamada "concepción bancaria" de la educación. Esta "conduce forzosamente a la división de la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad". Es, por tanto, una forma autoritaria de educación, pues supone que una parte sepa, hable y enseñe y la otra ignore, escuche y aprenda.

El papel del agente aquí es animar el debate y estimular la participación de todos en el mismo. Es facilitar que la palabra corra libre y suelta como la bola en un partido de fútbol bien organizado.

El diálogo se aprende. Está situado entre la conversión informal (como la que tiene lugar en una familia o en una cafetería), y el discurso (de un político o de un profesor). El diálogo exige una cierta disciplina: la de escuchar y hablar (sin interrumpirse unos a otros) y la de centrar el debate en torno a un problema delimitado, definido (sin hacer digresiones). De allí la importancia del papel del animador o coordinador.

Nótese que el diálogo se hace en torno a la práctica. La práctica es la referencia constante del diálogo y no ideas o ideales. Cuando decimos práctica decimos "realidad" o "vida" del pueblo. "La vida social es esencialmente práctica".

La práctica es *mediación pedagógica*. El pueblo aprende haciendo, pues, saca las lecciones de la vida. Para la mayor parte del pueblo, el aprendizaje no pasa por los libros, sino por la realidad vivida. La mediación no es cultural (escuela biblioteca, lecturas, etc), sino práctica. No es tanto por "El Capital" de Marx por lo que el trabajador sabrá lo que es explotación, sino sobre todo por su propia experiencia de fábrica y su lucha en el sindicato. No simplemente por argumentos se convence el pueblo, de que tiene fuerza y puede liberarse, sino más bien por su acción concreta y efectiva (una huelga, una manifestación callejera, etc). "En la práctica es donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad, el poder, la concreción de su pensamiento.

Educar no es convencer. Es pensar la propia praxis. No es con razones como se podrá probar al pueblo quiénes son los opresores, sino con acciones concretas y con reflexiones sobre ellas.

Es claro que la acción por sí sola, sin reflexión, no educa. Para ser educativa, la acción necesita ser digerida, asimilada. Y esa es la función de la reflexión, pero de una reflexión "en grupo", o sea dialogada.

Este lazo de la reflexión con la acción no debe entenderse de modo rígido. Esta relación vale *en general*, de modo que la referencia a la acción debe ser la práctica pedagógica *normal* en el trato con el pueblo. Pero sin duda el pueblo puede también aprender con la experiencia histórica y social de los otros (y no sólo de la propia), proyectar una práctica (y no sólo pensarla a posteriori), hacer deducciones lógicas (y no sólo inducciones) etc.

Sea como fuere, una idea sólo se fija en el alma del pueblo cuando se enraíza en el surco de su propia vida. Si este surco no está preparado, poco se saca con sembrar.

Digamos también, para evitar toda confusión, que cuando hablamos aquí de praxis como mediación pedagógica se trata de una praxis hablada y reflexionada. No se trata en este momento de la praxis concreta como tal. Pues una cosa es la praxis como objeto de reflexión y otra la praxis como acción directa. Es esta ambigüedad es donde cabe la expresión: "La educación se da en la praxis". Pues en el momento educativo que es el de la reflexión, la praxis aparece evidentemente como tema de conversación. Esto supone necesariamente un distanciamiento de la praxis directa como tal. En este primer momento se habla acerca de la praxis, pero no se "practica" todavía concretamente. Sin embargo, esta conversación sobre la praxis permite dar a la praxis directa un contenido y una dirección consciente.

2. Participación

Nunca se hará suficiente hincapié en la importancia de la participación viva de todos en la reflexión. Vivir en comunidad o sociedad es participar. Política es básicamente participación.

Todo comienza con la participación en la palabra, en el diálogo, en las decisiones. En una reunión de reflexión no hay solamente un entrenamiento o preparación para la vida política. Allí mismo se da ya una vida política en la medida en que tiene lugar la participación del saber, del pensamiento y de los proyectos.

Independientemente de los contenidos (si son directamente políticos o no), una reunión debe mostrar, por su dinámica participativa, que se trata de democracia, del poder popular. Y esto, inclusive cuando se trata de programar una procesión o un pic-nic.

De hecho, la lucha no es solamente contra los *agentes de la opresión*, externos al pueblo, sino también contra las *relaciones de opresión*, internas al pueblo, a su conciencia y a su práctica diaria. Política es participar, es luchar contra toda opresión, sea encarnada en agentes concretos, sea en comportamientos determinados. Por eso, la política se da también en la vida diaria, desde una conversación hasta la organización de una sala.

Desde este punto de vista, es preciso prestar mucha atención a la contradicción que ocurre frecuentemente entre una *propuesta* liberadora y un proceso autoritario que mira a implementarla; entre una meta democrática y un *método* impositivo.

Ahora bien, debe haber homogeneidad o coherencia entre una cosa y otra: entre contenidos y formas, proyectos y procesos, metas y métodos. Es imposible hacer la democracia "agarrando y reventando". La liberación se realiza en el camino o no es liberación. La igualdad comienza ya o nunca va a tener lugar.

De donde se ve que la política como participación es una dimensión *interna* de toda práctica colectiva: familiar, religiosa, etc. Sin embargo esto no elimina, sino que completa la cuestión de la práctica política específica, con contenido, formas y objetivos propios. Pues esta es la gran cuestión y la causa principal de la educación de hoy.

3. Comunidad

La educación se da en el contexto de la comunidad. Esta es el espacio del diálogo. Espacio y sujeto. La comunidad es como un "intelectual colectivo". Es junto como el pueblo se educa. Uno es profesor del otro, uno es alumno del otro. En el grupo se da la coparticipación de las experiencias y de las lecciones que ha enseñado la vida. Como el pueblo es "sujeto histórico" del poder, así también es el "sujeto colectivo" del saber.

El grupo de reflexión es como una "escuela popular" en que la gente del pueblo es al mismo tiempo educador y educando. El texto del aprendizaje es el libro de la vida. Por eso el diálogo se da en torno a la vida (problemas y luchas).

Allí el agente es parte del proceso, y una parte específica del mismo. El tiene el papel particular de facilitar la coparticipación o la socialización del saber popular. El agente es un *dinamizador* de la palabra colectiva. El es un articulador: coordina las personas entre sí y las personas con el tema de la vida (o de la praxis).

Sin duda el agente puede provocar a la comunidad a dar un salto adelante. Haciendo parte del grupo y de su caminar, él puede y debe contribuir al crecimiento de la comunidad a través de lo que él mismo ve y sabe. Esta función se ejerce especialmente en el momento de la decodificación o comprensión crítica y sistemática de la realidad, como veremos más adelante.

Por tanto, para el trabajo popular, la comunidad aparece como la gran mediación pedagógica como espacio y como instrumento-. De hecho, ella es la mediación:

-*de concientización*: en ella y por ella se logra una conciencia cada vez mayor y más crítica de la realidad;

-*de participación*: en ella y por ella se aprende a entrar en el juego de dar y recibir, de hablar y escuchar, de actuar y ser movido (accionado), en fin de asumir el propio lugar y el papel en la transformación colectiva de la realidad;

-*de solidaridad*: en ella y por ella se adquiere conciencia de clase y se construye la unión en torno a un mismo proyecto de base;

-*de movilización*: en ella y por ella se descubren, se asumen y se enfrentan los desafíos comunes, etc.

De donde se puede aprender la importancia del grupo como unidad pedagógica, al mismo tiempo palco y actor de la propia conciencia, como ha de serlo de la propia existencia

9. METODO DE REFLEXION CON EL PUEBLO

Primer tiempo: Ver

Utilizamos aquí los tres tiempos del método de la reflexión: ver, juzgar, actuar. Este método comenzó con la Acción Católica pero actualmente es usado más o menos sistemáticamente en los documentos episcopales latinoamericanos. en la "Teología de la Liberación" y en la pastoral popular (CEBs, etc.).

Se trata de un método sencillo, práctico y ya ampliamente difundido. En realidad, a más de su empleo pastoral o católico, expresa el movimiento mismo de la concientización. Además, traduce convenientemente los logros concretos de la reflexión sobre la educación popular y tiene la virtud de disciplinar, sin forzar, el diálogo popular en el grupo.

El primer tiempo de la reflexión en grupo (ver) corresponde justamente a la necesidad de "partir de la realidad". La reflexión entronca exactamente allí, en lo concreto de la vida.

El diálogo arranca, pues, de las "cuestiones", "problemas", "desafíos", en fin de la "vida concreta" del pueblo. Por otra parte ésta es la práctica de la educación popular. Se parte siempre de la cuestión: "¿Cuál es el problema?", "¿Cuáles son los mayores desafíos sentidos por el pueblo del lugar?" "¿Cuáles las luchas?", etc.

El método aquí parte "de abajo", "de las bases". También se habla de "método inductivo", porque arranca más bien de hechos que de doctrinas.

Esta prioridad de los "problemas", "hechos", o "vida" es una prioridad puramente metodológica y no moral o religiosa. Lo primero en la reflexión o en la acción no es necesariamente lo primero en la intención o en el deseo.

Realidad: ni objetivismo ni subjetivismo

"Partir de la realidad" parece más claro de lo que es. ¿Qué es esa "realidad" de que se debe partir y en torno a la cual se va a dialogar? Es la realidad del pueblo, es decir, la realidad tal como la vive y la siente el pueblo.

Por tanto, no se trata en primer lugar de una realidad bruta y extrema, tal como un analista de fuera pudiera captarla, o tal como el agente externo la entendiera. No, se trata de la realidad que envuelve al pueblo y en la cual el pueblo está envuelto. Aquí conviene evitar la ilusión del *objetivismo*, que entiende la realidad como algo meramente objetivo, exterior, al pueblo.

Tampoco se trata de la realidad tal como se expresa en los deseos que se manifiestan en las expectativas manifiestas y en los intereses inmediatos del pueblo. La cuestión de donde arranca el proceso de la reflexión concientizadora no es: "¿Qué es lo que ustedes quieren?". Si se comienza por allí, se cae en el *subjetivismo*, donde se mueven las ideas alienadas del pueblo, sus sueños utópicos y sus deseos falseados.

Es claro, si el grupo manifiesta un deseo o una expectativa determinada debe ser respetado y tomado en serio. Pero el agente tiene el deber de cuestionar tal deseo, de *problematizar tal expectativa*. Evidentemente hay que partir de allí en cuanto punto de partida *táctico* o didáctico. Es posible que, en la discusión cuestionadora, tal expectativa se muestre insistente y consistente. Entonces hay que tomar aquel punto como punto de arranque metodológico.

Realidad: problemas y luchas del pueblo

"Partir de la realidad" es en primer lugar, partir de situaciones que afectan la vida del pueblo. Se trata aquí de *problemas* que son sentidos como "desafíos" y que piden solución. Se trata particularmente de "conflictos" que tocan a la vida del pueblo y exigen una toma de posición;

"Partir de la realidad" es también partir de las respuestas que el pueblo está dando a los problemas y conflictos. Son sus *luchas*: de fuga, resistencia o avance. Aquí se tienen en cuenta las prácticas concretas del pueblo. Se trata de percibir el aspecto positivo de la realidad: las reacciones del pueblo ante sus dificultades reales.

Por la reflexión de las prácticas y luchas del pueblo se puede captar tanto el nivel de conciencia como el estado de existencia en que se halla una comunidad determinada. Pues es en la práctica donde se revela y se da la unión entre el aspecto subjetivo (intención, saber, significado) y el aspecto objetivo (circunstancia, condiciones, situación) de la "realidad concreta" en que vive el pueblo.

Es preciso por tanto no olvidar incluir en la "realidad del pueblo" la componente importante que es su práctica: reacciones, respuestas y luchas del pueblo. No fijarse, pues, solamente en las situaciones objetivas. Por lo demás, para un grupo que ya tiene una cierta "marcha, caminada", las prácticas ya hacen parte integrante y hasta principal de la propia situación. Pues allí la situación no es ya tanto la opresión sufrida ("problemas"), sino la reacción activa ante la opresión ("luchas").

Y esto es tanto más importante cuando se quiere caminar en línea de continuidad con lo que ya existe, así sea germinalmente, en la marcha del pueblo.

Revisión de un trabajo

"Partir de la realidad" puede ser, en ciertos casos, partir de una acción determinada en términos de revisión o evaluación. En ésta se toma una operación bien definida para someterla a la crítica y al discernimiento.

La importancia de evaluar un trabajo es situarlo dentro de una trayectoria o de un proyecto más amplio. Pues es allí dentro donde él adquiere un sentido: si significa un avance, un desvío, o quizás, un retroceso. Sin eso el trabajo corre el peligro de perderse como algo aislado y anecdótico.

La revisión debe evidentemente hacerse en conjunto, con todos los implicados, inclusive para percibir cómo se dio el desarrollo de cada parte (comisiones varias, etc.) en el todo

A más de esto la evaluación tiene la virtud de rescatar retroactivamente los errores cometidos en la ejecución. Pues un error reconocido y corregido es un acierto. Un fracaso asumido ya es un paso adelante. Nada hay irreversible y definitivamente perdido en términos de proceso histórico.

Naturalmente, los errores no basta asumirlos moralmente. Es preciso también y sobre todo, descubrir racionalmente sus causas. Sólo así se podrá sacar de ellos lecciones para evitarlos en el futuro.

En verdad, el error no debe entenderse como contrario a la marcha, sino como parte integrante e inevitable de la misma. Imposible que haya un recorrido sin accidentes u obstáculos. El realismo manda contar con ellos y no decepcionarse o desesperarse cuando tiene lugar.

Esta concepción del error vale sobre todo para el agente externo, especialmente religioso. De hecho el agente externo tiene dificultad para acostumbrarse al hecho de que el pueblo vive en la opresión; que es continuamente reprimido; que su condición dominante es la de ser constantemente derrumbado al suelo aunque se levante siempre; que vive siendo derrotado aunque no destruido.

Y esto vale más todavía para el agente pastoral. Pues éste parece tener más dificultades para admitir el peligro (por exceso de "prudencia") y en absorber el error (por celo exagerado de "pureza").

Pero esta parte negativa es apenas un aspecto de la revisión. Hay que percibir también y más allá los puntos de luz, las señales de vida y las fuerzas de esperanza, por pequeñas que sean, dentro de la marcha mayor.

Del resto, tal es el descubrimiento ulterior que hace el agente externo cuando vive con el pueblo. Superado el choque inicial a la vista de la opresión permanente del pueblo, él se da cuenta de que el pueblo oprimido tiene una intensidad de vida impresionante. Esto puede notar en la capacidad de sufrimiento, en la generosidad en la lucha, en las amistades, en las relaciones familiares y amorosas, en las fiestas y devociones, etc. Verá entonces que todo esto revela una fuerza y un vigor que dejan atrás, a años luz, la vacuidad, la frivolidad y la superficialidad de la vida burguesa y de sus manifestaciones.

Una condición importante en cuanto a las revisiones es que el agente (pero esto no vale para todos) *mantenga a todo precio la solidaridad con el pueblo*, también y sobre todo en los momentos de fracaso. Inclusive en el error, la presencia del agente es fundamental, no ciertamente para solidarizarse con el error, sino para ayudar a la comunidad a asumirlo y rescatarlo. Sólo en este sentido y con esta intención tiene valor el dicho: "Es preferible errar con el pueblo que acertar sin él".

En este contexto tiene lugar también la autocrítica, en la medida en que sea sincera y libre, y la heterocrítica, en la medida en que sea fraterna y respetuosa.

10. Segundo tiempo: juzgar

Lo que decíamos hace poco sobre la evaluación de un trabajo ya se había anticipado a este segundo tiempo: el juzgar. Pero en esto no hay problema. El ritmo en tres tiempos: ver, juzgar, actuar, no debe aplicarse de modo rígido. Las más de las veces estos tres momentos se superponen en las diferentes intervenciones. Y esto no sólo no tiene inconveniente, sino que es oportuno. La importancia de la distinción no está en su sucesividad (que puede tener una utilización práctica, o mejor, pragmática, tal como organizar y disciplinar el desarrollo de un encuentro), sino en indicar, si no los tiempos, por lo menos los elementos o niveles esenciales de una reflexión: los datos o descripciones de una situación (ver), su análisis (juzgar) y la acción que se impone en consecuencia.

"Juzgar" en este segundo momento (o elemento) equivale a analizar, examinar, reflexionar lo que hay "detrás" de lo que aparece, lo que hay "por debajo" de lo que está sucediendo.

Esta tentativa de superar las apariencias es lo que define la "conciencia crítica". Se trata de ver y captar las causas o "raíces" de la situación.

Esto es necesario porque la realidad social, a partir de la cual se arranca, no es simple y transparente, sino compleja, contradictoria y opaca.

Esta tarea se realiza, como siempre, en conjunto. Pero no es simplemente la fuerza de reflexionar cómo se llega a las razones de los problemas. A más del diálogo se necesita dialéctica. El paso "transitivo" de la "conciencia ingenua" a la "conciencia crítica" no se da espontáneamente. De allí el papel indispensable del agente. Pues sin teoría crítica no hay praxis transformadora.

El agente tiene una función particularmente importante en el momento exacto de la explicación o comprensión del asunto planteado: una situación o una lucha. Aquí no basta "intercambiar ideas". Se necesita estudiar y aprender.

El grado de conciencia posible

En términos metodológicos, se trata de pasar de la "conciencia real" a la "conciencia posible". Es decir, lo que importa es ver cuál es el paso que la comunidad debe dar adelante para verlo mejor y más claramente posible. Se habla aquí también de "elevar el nivel de conciencia" del pueblo.

La noción de "conciencia posible" o del "nuevo paso" o "nueva luz" en el proceso de concientización, es importante para hacer frente a toda tentativa de doctrinarismo que quiere meter en la cabeza del pueblo todo un sistema teórico, una ideología prefabricada. Una teoría social global (como el análisis dialéctico) se transforma en dogmatismo cuando se utiliza de esa manera, de modo catequético y dogmático.

Es claro que el agente tiene la obligación de ofrecer al pueblo o colocar a su disposición instrumentos teóricos de interpretación social. Pero esto se debe hacer pedagógicamente, es decir, según el interés del pueblo y al modo de él. Así, la popularización del análisis crítico de la realidad social debe seguir los intereses, el ritmo y la cultura (o modo de ser y pensar) del pueblo. En el fondo, la cuestión de la teoría crítica de la sociedad no es actualmente el *qué*, sino el *cómo*. No es tanto cuestión de ciencia, cuanto de pedagogía y metodología.

Es evidente que el "grado de conciencia posible" va junto con el "grado de acción posible". Es preciso, pues, proporcionar el grado de conciencia a las exigencias de la propia realidad y práctica.

Ahora bien, si el agente acelera artificialmente la formación de la conciencia, con relación al proceso de la práctica concreta, se produce un desacompasamiento peligroso, una especie de contradicción entre la cabeza y las manos, entre la teoría y la práctica. Este desfase lleva a las formas estériles de radicalismo: revolucionarismo, conspiracionismo, revuelta, utopismo, etc.

Percepción crítica del sistema como un todo

En término de método, quizás se deba aquí tener más en cuenta la diferencia entre las dos fases fundamentales de la conciencia: la ingenua y crítica, con sus respectivas dinámicas.

Porque hay que notar que el "nuevo paso" no significa simplemente saber *alguna cosa más* acerca de la propia realidad. Esto vale en una primera fase, hasta que se dé el salto cualitativo de la "conciencia crítica". Esta, ya en posesión de una visión general de la sociedad, pasa a cuestionar todo el sistema.

A partir de entonces, el "nuevo paso" es una nueva luz y una comprensión mayor del mismo sistema en su globalidad.

Por eso mismo nada impide que pueda haber un estudio más sistemático y orgánico de la sociedad, especialmente para gente del pueblo ya más experimentada y en un contexto más libre de formación teórica.

Por lo demás, cursos de esta índole se van viendo necesarios a partir de ciertos momentos de la marcha popular, en función de la misma práctica que se va asumiendo. Pero aquí la teoría crítica o dialéctica de análisis social necesita redefinirse dentro del universo de la cultura y el lenguaje del pueblo, y más todavía, debe ser redescubierta y recreada a partir de su propia experiencia y práctica. Sólo así mantiene ella su vitalidad y su carácter de instrumental. Es decir: sólo así podrá ser controlada por el pueblo y sometida a sus intereses más altos.

El "juzgar" religioso de la pastoral popular

Digamos además, que en los medios cristianos (pastoral popular), el momento del "juzgar" coincide normalmente con la iluminación de fe sobre el problema en cuestión. Se trata de un "juzgar" religioso, que puede ser moral, bíblico, teológico, etc.

Este momento, que es el de la Palabra de Dios, es esencial para la pedagogía de la fe y la pastoral. No se coloca en el lugar ni al lado de lo que ya se vio antes: el "ver" y el "juzgar" analítico. El solamente sitúa todo esto dentro de un horizonte más amplio - el de la fe justamente - donde la realidad, vista y juzgada teóricamente, gana una profundidad y peso absolutamente propios y únicos - su sanción radical y última.

De esta manera, en el campo de la metodología pastoral, el "ver" debe ya incluir el "juzgar" analítico. Es entonces un "ver" *crítico*, que en epistemología teológica se llama convencionalmente "mediación socio-analítica". Ya el "juzgar" representa entonces un momento especial y propio, que no encuentra correspondiente adecuado en la metodología de reflexión popular común. Pero volveremos todavía sobre las cuestiones específicas que plantea el método de la pastoral popular.

Por ahora baste notar la diferencia de terminología e inclusive de momentos (o elementos) en los diferentes trabajos populares. Sin embargo esto no viene a quebrar la dinámica metodológica como tal: ésta se verifica aquí y allá bajo formas distintas pero dentro de un mismo movimiento.

11. Tercer tiempo: actuar

El diálogo ha de llevar al compromiso, a la acción de transformación. Non evidentemente que tal cosa deba tener lugar en cada encuentro, pero sí en el proceso de la reflexión.

Cuando aquí se habla de "actuar", se trata naturalmente de propuestas de acción y no todavía de la acción concreta como tal.

El paso posible

Para actuar es de la mayor importancia el atenerse a la regla de la "acción posible", o del "paso posible". De otra manera: hay que percibir cuál es el "histórico viable". No lo que se "quiera", hacer. No lo que se "debiera" hacer, sino lo que se "puede" efectivamente hacer.

Querer hacer más de lo posible es como querer "dar un paso más grande de la pierna". Es quemar las etapas. Ahora bien, en este peligro es donde puede caer el agente, más tentado de idealismo (o irrealismo) que el pueblo en general.

Querer "forzar la barra" puede ser contraproducente y resultar retroceso. Aquí el revolucionarismo tiene el mismo efecto que el reaccionarismo: los extremos se tocan. Esto sucede cuando no se analizan correctamente las posibilidades de la situación, o sea, las condiciones concretas de lucha.

Son conocidos los dos errores en este sentido:

a) El *voluntarismo*, cuando sólo se cuenta con la disposición subjetiva del pueblo, sin tener en cuenta las condiciones reales de la acción y la correlación de las fuerzas presentes;

b) el *espontaneísmo*, cuando se confía que el proceso va a llevar por sí solo a la lucha de modo determinístico.

Para encontrar el camino cierto de la acción no se puede ni superestimar ni subestimar las dificultades del pueblo y la fuerza de sus adversarios. La apreciación concreta de las relaciones de fuerzas en juego debe ser obra de los que están en cuestión. Por eso en este tercer tiempo el trabajo del agente externo debe quedarse más atrás.

En particular, en una situación en que la correlación de fuerzas es extremadamente desigual o desfavorable, tomar la ofensiva y atacar es temeridad. Significa buscar el fracaso. Y empujar al pueblo hacia allá es una irresponsabilidad. En estas condiciones, sostener las posiciones ya conquistadas, resistir, no ceder, o en la peor de las hipótesis, retroceder un poco para no ceder del todo, es decir, adoptar una posición de conversar cuanto sea

posible los pasos dados, significa ya una victoria. Calificar todo como tradicionalismo o conservadurismo, es fruto de una cabeza idealista, que toma sus sueños como realidad.

Cuál sea el paso posible, no se sabe por el solo análisis, sino también por experiencia y por tacto político. Por eso, nada hay que dispense del riesgo. En ocasiones que parecen oportunas, es preciso intentar. Hay oportunidades que se pierden y no vuelven más. Así hay posibilidades históricas que sólo se vuelven tales a partir de la confianza y de la osadía de quienes se empeñan en ellas. Es el sentido del "hacer la hora sin esperar el acontecer".

Para dar un paso adelante

La marcha del pueblo puede ser acelerada en primer lugar por estas ocasiones u oportunidades históricas (Kairós). Se trata de conyunturas ricas en que se da una especie de condensación histórica. Es una crisis, un hecho que marca, una elección, una persecución, etc. Si se aprovecha, estos momentos pueden ser una ocasión propicia para que la comunidad dé un salto cualitativo.

Existe un segundo elemento que favorece la aceleración de la conciencia y organización del pueblo. Es el contacto con la experiencia o práctica viva de otros grupos más avanzados. Tal contacto puede darse en la misma práctica o inclusive en encuentros de reflexión. Estos marcan para muchos un punto de arranque o un salto decisivo. En realidad, pueblo no es solamente el pueblo con que se trabaja. Es una entidad social mayor con la cual se mantienen lazos históricos.

En tercer lugar, lo que favorece la marcha del pueblo es el ambiente social que se crea y que impregna en cierta manera a todos. Es lo que sucede en las áreas ya más trabajadas por todo un proceso de lucha y en algunas iglesias que tienen una pastoral de conjunto asumida, de corte popular.

De todos modos, importa *guardar el ritmo* de la marcha, sin quemar etapas. Esta cuestión toca sobre todo al agente, por la facilidad y tendencia que tiene a totalizar el proceso histórico de su propia cabeza. Al contrario del pueblo, que realiza su totalización a partir de las experiencias y de las proyecciones que ellas permiten. Es decir, a partir de las manos y de lo que ellas plasman.

Forzar el paso sólo puede llevar a iniciativas sectarias y a la división en medio del pueblo. En realidad la precipitación artificial y sectaria de la lucha sólo puede ser asumida por pocos, con resistencia por parte de la gran mayoría por cuestiones de simple sentido común.

Así, pretender desde el primer encuentro que un grupo se comprometa en la política directa, es la más de las veces, poner al grupo a perder. " Es mejor dar un paso con mil personas que mil pasos con una sola". Por eso importa sobre todo que la discusión llegue a un consenso fundamental, si no a la unanimidad, cuando se trata de comprometer a todo el grupo en una acción vital.

Etapas y tipos de acción

Es claro que para organizar concretamente un trabajo, para su preparación inmediata es conveniente distribuir las varias tareas y formar una comisión o grupo especial para viabilizar las decisiones colectivas.

En términos de las etapas de la marcha, la experiencia muestra que un grupo va normalmente de las tareas de nivel comunitario (ayuda mutua), pasando por las luchas de barrio (mejoras), llegando a las de sindicato hasta la cuestión del sistema político global (partido, etc).

En cuanto a los tipos de acción concreta se sabe que existen:

- a) acciones *autónomas* del pueblo (asambleas, etc);
- b) Acciones *reivindicativas* (memoriales, manifestaciones, etc.)

c) y acciones de *organización*, sea para fundar o para recuperar algún órgano popular (sindicatos, asociaciones, etc).

Sólo el discernimiento colectivo podrá decidir si tal o cual mejora debe ser exigida a las autoridades competentes o debe ser asumida por la propia comunidad. La regla, sin embargo, parece ser: lo que un órgano público puede y debe dar, sea exigido a él, y el pueblo asumir solamente lo que no hay otra forma de alcanzar.

En cuanto a las acciones de organización, ellas tienen la virtud de permitir al pueblo la continuidad y la cohesión de su marcha. Puesto que se refieren justamente a los instrumentos de lucha del pueblo y no a las luchas parciales. Estas, una vez determinadas, pueden hacer decaer el proceso. Con la organización no se tiene solamente los huevos, sino también una gallina ponedora de huevos. Así, mediante la organización, siempre unida a una reflexión permanente, se puede mantener la continuidad y el crecimiento del trabajo. De ahí su importancia fundamental.

12. (II) METODOLOGIA DE LA ACCION DIRECTA: 1º ACTUAR CONJUNTAMENTE

Daremos aquí algunas indicaciones concretas para el momento de la práctica directa. Son algunas sugerencias sueltas, que enseña la experiencia.

Estas indicaciones normalmente son tenidas en cuenta en el momento anterior - el de la reflexión, particularmente a la hora del "actuar", o sea, de la elaboración de las propuestas de acción. Por eso, podrían haber

sido colocadas allí, pues allí es donde ellas deben ser enjuiciadas. Pero puesto que deben ser tenidas en cuenta en el proceso mismo de la acción, vamos a colocarlas en esta sección.

Esta parte - la de la acción directa- depende mucho más del tacto, de la habilidad (la *metis* griega) y por eso de la experiencia, que de estudios y reflexiones. Si la educación ya es un arte (un saber-hacer), la política (entendida aquí como toda forma de acción colectiva) lo es más todavía.

Es evidente que la experiencia histórica ofrece lecciones para todos. Pero la experiencia de los otros no dispensa de que, en nombre propio, cada uno haga la suya. La experiencia como tal es intransmisible, aunque sí lo sean su relato y sus enseñanzas.

Agente: actuar junto

Evidentemente la primera cualidad de una acción colectiva es su cohesión o entroncamiento interno. El imperativo de la unión vale para todos, pero más todavía para el agente. En el momento de la acción, el agente, inclusive y sobre todo el externo, debe estar junto con el pueblo.

Si la reflexión se hace juntos, en términos de diálogos y participación de la palabra, la acción también debe ser ejecutada conjuntamente. Por lo tanto importa acompañar al pueblo en su marcha.

En efecto, el agente, aunque venga de fuera, hace parte del proceso y del pueblo. El asumió la causa de los oprimidos y su marcha. Por lo tanto debe acompañarlos y asumir con ellos.

Pero ¿cuál es el lugar del agente en el proceso vivo de la acción? Es claro, el agente no puede sustituir al pueblo, adelantarse y tomarse como representante del pueblo. Esto sólo es posible al agente interno, realmente popular, o al agente externo que está física y orgánicamente inserto en medio del pueblo, sea por la habilitación, sea por el trabajo.

Lugar de la dirección en la acción directa

El agente externo no debe normalmente tener el liderazgo de la acción popular. Pero esto no quiere decir que no pueda y deba ir junto, participar, acompañar, en fin, hacer acto de presencia. Claro, se trata siempre de una presencia cualificada - el pueblo lo sabe, lo mismo que todos los que están eventualmente confrontados con dicha acción, como los opresores.

Por su parte, la dirección o coordinación de una iniciativa popular, también ella debe estar bien situada. Jamás actuar solo. Tampoco se trata de estar necesariamente al frente, en el proscenio del teatro. Una visibilidad ostensiva puede perjudicar la acción colectiva. Primero, porque revela el carácter dirigista de una acción: ésta aparecerá como controlada por cúpulas. Segundo, porque expone a la dirección a la mirada de los ataques adversarios, comprometiendo así toda la acción. El pueblo camina como la tortuga: con la cabeza protegida.

Así, la acción popular debe ser y, por esto mismo, aparecer una acción colectiva, asumida por todos. Por eso el lugar normal de la dirección no es atrás, protegida de las balas, pero tampoco al frente, expuestas fácilmente al ataque, sino en medio del pueblo. Claro, no para defenderse, sino para animar la lucha.

13. 2º Valorar cada paso dado

La idea de "política", "revolución", "historia" y "praxis" suscitan imágenes de grandeza y excelencia inalcanzables. Ellas llevan una tal connotación de sueño y utopía que condensan todo el deseo de plenitud de una existencia alienada. El agente, por ser un intelectual, es particularmente vulnerable a esta seducción idealista. Es que se da allí más importancia al *proyecto* que al proceso. Sí, el cambio del sistema: es lo que se *quiere*, pero es más todavía lo que se *hace*.

Es indudable que hay momentos de ruptura, de saltos adelante. Pero éstos sólo acontecen después de un largo período de "acumulación política". Es ésta la que crea las condiciones de una "revolución".

Por eso mismo, es preciso comenzar y seguir adelante. Y se comienza siempre con la semilla. Todos los comienzos verdaderos son comienzos de humildad. Una comunidad crece a partir de los pequeños problemas que siente y tiene la posibilidad de solucionar ("paso posible").

Ahora bien, los "pequeños problemas" no se oponen a los "grandes problemas". En la dialéctica social los "pequeños problemas" no son tanto parte de los grandes - los únicos dignos de atención. Son más bien *reflejo y traducción* de los grandes.

De hecho, para poder entender correctamente cualquier problema, por más pequeño que sea, es necesario situarlo dentro de su contexto social más amplio. Por ejemplo, cuando se toma la cuestión de la familia, de la escuela o de la salud, se acaba siempre planteando el problema del sistema social vigente. Sea cual fuere la puerta de entrada, se llega siempre al núcleo de la cuestión, que es el modo de organización social. Quiere decir que un problema particular es camino del universal.

Es claro que esta vinculación (que da el significado político de un problema determinado) puede ser mayor o menor. Ciertamente ella no agota el sentido de aquel problema (la política no es todo), pero indica hoy su sentido dominante.

Por todo esto, el agente ha de estar extremadamente atento a cada paso, a cada pequeña lucha del pueblo, desde una reunión participada, hasta una marcha, pasando por una acción de mutua ayuda o realización de un proyecto de promoción social.

Basta que aquí se sigan dos criterios básicos:

a) que aquella acción vaya *en la buena dirección*, es decir, que signifique un paso adelante en la línea del cambio de sistema;

b) que la acción sea *asumida por el pueblo* como sujeto posiblemente protagonista de la misma.

Valorizar las pequeñas luchas no es complacerse en ellas, sino considerarlas dinámicamente como grados necesarios para una ascensión mayor. Justamente porque la marcha es larga y la meta luminosa, por eso cada paso, por pequeño que sea, posee su valor propio.

14. 3º Articular los pasos con el objetivo final

Niveles de acción

En toda acción popular hay que tener en cuenta estos tres niveles:

1. el **objetivo final**, que es concretamente la transformación de la sociedad, el surgimiento de una nueva sociedad. Este objetivo puede ser más o menos definido. Puede tener rasgos todavía utópicos (idea de una sociedad reconciliada) o ya políticos (como el proyecto "socialista"). La definición del objetivo o ideal histórico depende del propio proceso de crecimiento de la conciencia y de las luchas de un pueblo.

2. las **estrategias**, que constituyen las grandes líneas de acción, que trazan el camino para llegar al objetivo final;

3. las **tácticas**, que son los pasos concretos dados dentro de las estrategias para llegar a la meta u objetivo. En este sentido importa valorizar las "astucias" que el pueblo adopta para poder sobrevivir y burlar a sus opresores. Este "arte de los débiles" espera todavía un mayor reconocimiento y aprovechamiento pedagógico y político.

En cuanto sea posible es preciso ser *claro* en los objetivos, *firme* en las estrategias y *flexible* en las tácticas. Flexible en las tácticas significa que se puede y se debe a veces alterar la táctica y hasta dar marcha atrás cuando las circunstancias lo exijan. En particular es preciso tener una gran sensibilidad en el sentido de acompañar y respetar la dinámica viva de la acción popular en el momento en que ella se procesa (en una manifestación, por ejemplo). Allí los dirigentes tienen que unir hábilmente la firmeza de la estrategia con la elasticidad y permitir así que el pueblo se afirme y avance.

Estos tres niveles se reproducen en escala menor para cualquier proyecto social aunque sea parcial.

El paso vale por su orientación

Lo importante es que cualquier acción se mantenga orientada en la dirección de su objetivo final. Pero orientada dialécticamente, como un camino de montaña, que, a pesar de todas sus curvas (tácticas), va fundamentalmente (estrategia) hacia la cumbre (objetivo). O como el río, que rodeando montañas o saltando en cascadas (táctica), sigue firme (estrategia) en la dirección del mar (meta final).

Entonces lo que cuenta no es el paso como tal, sino su orientación, es decir, su articulación con el proyecto global de la acción. Una acción recibe su peso de su rumbo o dirección.

En ese sentido es falsa la disyuntiva sumaria: reforma o revolución. Pues una reforma puede tener contenido revolucionario. Eso sucede cuando toma una orientación revolucionaria, o sea, cuando significa un paso más en la línea de la transformación social. La disyuntiva real es: *reformismo* versus revolución, pues ahí la reforma no apunta a la creación de una nueva sociedad, sino a la simple continuidad (mejorada) de la actual.

Por otro lado, la fuerza transformadora de una acción puede ser naturalmente mayor o menor. Eso depende de los criterios ya mencionados: cuánto avanza en la dirección de una nueva sociedad, cuestionando necesariamente la actual, y cuánto es asumida la acción por los oprimidos, criterio éste que no es sino una misma cosa con el anterior, como su condición esencial.

Para que la lucha no decaiga después de una victoria

La articulación paso-objetivo no es todavía entre acciones diversas, como veremos en el próximo punto, sino entre una acción *material* y su objetivo *ideal*, que aquella acción va encarnando. La relación es, pues, entre una instancia real y una instancia de representación (un proyecto, un horizonte, etc.). De allí la importancia de lo ideológico (teoría y proyecto) para lo práctico.

La articulación paso-objetivo es una síntesis práctico-teórica: es un acto *práctico* porque se da en la acción, pero es también algo *teórico* porque esta acción se debe situar dentro de un proyecto, lo que solamente es posible a través de la reflexión.

Por eso para mantener la continuidad de un trabajo, que corre el peligro de satisfacer con sus conquistas parciales, es necesario:

1. un proyecto *histórico*, que se va definiendo en forma creciente y que constituya la meta de la marcha como el destino del viaje para el viajero;

2. una *reflexión*, que va midiendo continuamente la distancia entre lo que está allí y el destino final;

3. finalmente una *organización*, que lleve adelante en forma constante la marcha, actuando y reflexionando.

Si falta uno de estos tres elementos, la lucha "cae".

La instancia utópica

El proyecto histórico adquiere un perfil concreto en el seno de la utopía, del ideal o del sueño. Entonces la "sociedad justa" alcanza los rasgos de un "socialismo" bien determinado.

Sin embargo la instancia utópica o escatológica no desaparece. Ella inspira la creación de proyectos históricos y alimenta la esperanza dentro de la marcha concreta. "Ay de las revoluciones que no sueñan"(P. Freire).

A condición de que sea un viaje al futuro a partir del presente y en función de él, el sueño utópico da salud y vigor a la práctica. De ahí la importancia de que la comunidad viva momentos de poesía y celebración del futuro absoluto. Para esto la religión ofrece recursos sin igual y una "esperanza contra toda esperanza".

Motor de la historia es la lucha por la justicia, sí, pero animada por el deseo, por la fantasía y por el canto!

15. 4º Sumar fuerzas

Para que una comunidad avance, a más de unir las fuerzas de dentro, es necesario unirse con otras fuerzas de fuera de ella. Esto se da en varias direcciones.

1. *Multiplicar los grupos* que tienen el mismo objetivo, sea el religioso, sindical, partidario, cultural, etc. Grupos homogéneos tienen más facilidad de unirse y luchar por objetivos comunes. Así sucede con una red de CEBs, una Federación sindical, etc.

2. *Ligarse a otros grupos* populares; asociaciones de vivienda, clubes de madres, sindicatos, CEBs, etc. Naturalmente tal unión sólo se puede dar en torno a objetivos bien concretos, como una lucha de interés común.

3. *Abarcar todo el barrio* o inclusive el municipio rural en alguna acción colectiva de interés común.

4. Incorporar en el propio grupo o movimiento *fracciones del pueblo* que hayan quedado por fuera, así: las mujeres en el movimiento sindical, los hombres en las actividades religiosas, parte de la gran masa de los olvidados y anónimos en el movimiento popular, etc.

5. Abarcar personas o fracciones de otras clases en el propio movimiento, sea en términos de incorporación plena, sea en términos de alianza o acuerdo.

Una cuestión delicada es quién articula, o sea: la dirección de estas fuerzas conjuntas. Evidentemente, es preciso que la coordinación sea representativa de las fuerzas en cuestión. Ahora bien, la dirección se determina a partir de la propia acción, como también de la elección por parte de todos los implicados.

En particular, en los acuerdos con otras clases, o con el gobierno, importa al pueblo "salir ganando". Para ello es preciso ser fuerte y poder discutir, negociar y controlar la propuesta planteada para el provecho propio.,

16. 5º Formar animadores

Nuevo tipo de dirigente (popular)

En los trabajos que se realizan dentro del Movimiento Popular está surgiendo un nuevo tipo de "dirigente". Es el "coordinador" y no el "ordenador"; es el "animador" y no el "líder". Esta nueva figura ejecuta su papel como servicio y no como dominación o paternalismo. Se trata de un dirigente no dirigista, que trabaja más con el pueblo que para el pueblo.

En el trabajo popular la prioridad cabe a la formación no de "cuadros" sino de la comunidad. Se trata de crear comunidades participantes, corresponsables, autogobernadas. Y sólo en el seno de ellas y en función de las mismas, es cuando se ha de tener también la preocupación por formar los "cuadros" o los "animadores".

Dar prioridad a los "liderazgos" sobre las comunidades es caer en el cupulismo o dirigismo. Esta es otra tentación de los agentes externos (la primera es el doctrinarismo- la de anteponer la teoría a la práctica).

Para evitar el cupulismo como primacía de los "líderes" sobre la "base" son necesarias algunas precauciones:

1. Es preciso que los animadores surjan y se formen en la propia práctica. En la medida de su participación es donde alguien muestra que tiene cualidades de "animador". Esta no es una función administrativa que pueda fundarse en una base burocrática. Es en las luchas donde alguien puede ganar tal competencia. En este sentido es importante reconocer los "liderazgos" populares ya existentes en el seno del pueblo. Respetarlos, valorarlos y reforzarlos.

2. También importa que el "animador" nunca llegue a desarraigarse de un surco de clase y de sus bases. Para esto es preciso que su función sea renovable o rotativa. Aquí importa más la función de "animación" que el portador de la misma. Pues lo que interesa aquí no es tanto la persona individual del "animador" cuanto su trabajo en favor del pueblo.

Para preparar un animador

Por otra parte, ejerciendo su función específica (y no especial), el "animador" necesita también de un proceso de formación igualmente específico (pero no especial). ¿Cómo se da la formación de un "animador"?

El proceso de formación de un "animador" puede describirse así:

1. hacer primeramente que el nuevo "animador" trabaje con los animadores más experimentados. Así, a partir de la práctica, va aprendiendo a asumir su función propia;
2. dejar en seguida que el "animador" asuma delantera, pero acompañarlo de cerca, trabajando y reflexionando con él su práctica dentro del propio proceso;
3. finalmente, propiciar algún entrenamiento particular a partir de la experiencia anterior y de la nueva tarea que ha de asumir.

Siempre existe el peligro de que el "animador" se desligue de la base. Esto se debe a su preparación técnica o teórica mayor, al crecimiento y complejidad de las tareas del grupo y a la articulación de éste con otras instancias (gobierno, etc). Pero, para hacer frente a esto es preciso cuidar para que la comunidad toda crezca al mismo tiempo en conciencia, participación y espíritu crítico.

Controlar el ejercicio del poder

El poder tiende naturalmente a concentrarse. Contra esto es necesario:

1. una *ética personal* de servicio, autocrítica y autocontrol;
2. *mecanismos instituidos* por consenso para el control colectivo del poder: elecciones, sumisión a un reglamento escrito, división de las tareas, rendición de cuentas, hétero-crítica, reconocimiento de contrapoderes, rotatividad de los cargos, prohibición de privilegios, honores y mayordomías, etc.

Se trata, en fin, de crear una mentalidad nueva en el ejercicio del poder y también comunidades nuevas que sepan autogestionarse como también resistir, criticar y cambiar a los responsables del poder (inclusive entendido como "coordinación").

La formación de "animadores" populares es uno de los aspectos más importantes para la autonomía del pueblo. Pues mientras los dirigentes del pueblo no sean populares (o por lo menos popularizados), el pueblo estará siempre mal representado: acaba por ser primero sustituido, después olvidado y finalmente sojuzgado por sus pretendidos "líderes".

17. PASTORAL POPULAR: CONFRONTACION RELIGION/VIDA

La fórmula general teoría/praxis se traduce en términos pastorales en la fórmula fe/ágape. en la "pastoral social" se habla más comúnmente de evangelio /vida o religión/compromiso.

En particular, en nuestro contexto latinoamericano de hoy, esta fórmula general se concientiza en fe/política. Y para designar el método de unir estos dos términos se habla de "comparación", "interpelación", "confrontación", "correlación" y hasta de "dialéctica".

¿Cuál es el punto de partida de la pastoral popular? Es el punto de partida común a todo trabajo popular: la realidad del pueblo. Esto se puede ver en la práctica pedagógica de Jesús. (parábolas, milagros, etc.), como también en la mejor tradición pastoral de la iglesia.

Sin embargo, la realidad del pueblo es la realidad del pueblo y no necesariamente la del agente. Ahora bien, desde el punto de vista pastoral, la realidad del pueblo puede ser tanto un problema material (enfermedad, empleo, etc.), como una cuestión religiosa (un bautismo, una bendición, etc.). Esto depende del tipo de comunidad y de su grado de conciencia.

De todos modos, sea que se entre por lo religioso o por lo social, lo importante es que ligue siempre una cosa con la otra: que lo religioso lleve hasta lo social y que lo social pase por lo religioso. En esta dialéctica es donde se desarrolla la pastoral popular.

Pero como la práctica en este campo suscita algunas cuestiones particulares y sugiere algunas orientaciones, queremos aquí detenernos en algunos puntos.

En efecto, hasta ahora explicitamos la metodología del trabajo popular en general, independientemente de sus contenidos específicos: sindical, partidario, sanitario, pastoral, etc. Ahora tenemos que detenernos un poco en la metodología de la pastoral popular en función de su contenido propio: la vivencia de la fe por el pueblo.

18. COMO VINCULAR FE Y POLITICA

¿El pueblo siempre une fe y vida?

Por una parte se plantea frecuentemente la cuestión: ¿cómo llevar un grupo que "sólo se queda en rezar", a que se comprometa activamente en las cuestiones sociales? Esta es verdaderamente una pregunta objetiva.

Por otra parte, se dice que la vinculación fe/política es un problema de agentes intelectuales, ya que el pueblo, por el contrario, siempre liga fe y vida.

En esta última posición hay un equívoco. En efecto, la fe está siempre ligada a la vida. Pero la cuestión es: ¿cómo? De hecho las más de las veces, en la religión popular, la vinculación fe/vida es más *conservadora* que transformadora. En una visión más positiva, se trata de una vinculación de *resistencia* más que de movilización. Y esto sin duda se explica por las propias condiciones de vida (oprimida) del pueblo.

Sugerencias para unir activamente la fe a la vida

Para llevar un grupo a comprometerse *activamente* en la problemática social es preciso hacer una reflexión de la fe sobre los problemas de la vida (conflictos y prácticas). Quiere decir: a partir de dentro de la fe es como se va desarrollando la dimensión política que le es connatural. He aquí algunas sugerencias nacidas de la práctica:

a) *Partir de la Biblia*, sobre todo de algunos textos que tienen un poder de *inducción política* mayor: el Exodo, los Profetas, los Evangelios, el Apocalipsis.

b) Convidar a los participantes a traer *hechos de vida* relacionados con el texto bíblico leído.

c) Aprovechar *ocasiones* propicias (casos sucedidos en la comunidad, situaciones problemáticas, testimonios de participantes, etc.) para reflexionar en torno a ellas y proyectar sobre ellas la luz de la Palabra.

d) *Rezar* a propósito de problemas y luchas del pueblo.

e) Hacer *dramatizaciones* de estos problemas y luchas, relacionándolos con algún pasaje bíblico o con la visión general de la fe.

f) *Celebrar* (en misa, vigilia, etc.) los eventos comunitarios que tienen mayor contenido social y político, etc.

Lo importante en todo esto es que no se pierda la relación entre la fe (palabra, oración, celebración, etc.) y vida (problemas, conflictos, luchas, etc.), sea cual fuere el punto de partida- la fe o la vida-.

Evidentemente a medida que una comunidad se va comprometiendo en las cuestiones sociales, más fácil se vuelve la síntesis transformadora entre fe/política o evangelio/vida.

Contra el riesgo opuesto de desligar la vida de la fe

Sin embargo hay siempre el riesgo de que la práctica social y política sean tan envolventes, que lleven a un grupo a debilitar e inclusive a perder su relación con el polo " fe" y con la comunidad de fe -la iglesia. La pastoral popular debe estar atenta a esto. Así, inclusive cuando de entrada se arranca de las cuestiones sociales concretas es preciso que se llegue siempre al momento del " juzgar " estas cuestiones "a la luz de la fe".

En esta hora, es importante que la referencia indispensable a la Palabra de Dios (por un abordaje bíblico o teológico) sea orgánica y no superficial. Para esto se exige seriedad y el tiempo necesario. a fin de que haya una verdadera *impregnación* de la comunidad en las fuentes de la fe.

El descuido de este punto lleva a destruir la pastoral como práctica específica, disminuir la confianza del pueblo en los agentes de iglesia y a privarse -el agente y el pueblo- de una fuente de inspiración y animación privilegiada que lleva a la fe verdadera.

19. COMO RELACIONAR ORGANIZACION ECLESIAL Y ORGANIZACION SOCIAL DEL PUEBLO

Cuando se habla de "práctica" se entiende normalmente la práctica concreta (social o política). En este caso decimos aquí que la fe se *desdobla* (no se transforma) en práctica social o política. Y esto sin rupturas.

Sin embargo, más allá de las prácticas sociales en que la fe se desarrolla, existen las prácticas religiosas o eclesiales. Estas son específicas. Se trata de las prácticas de culto (misa, bautismo, procesión, rosario, etc.), enseñanza (catequesis, etc.) y de organización (CEBs, etc.).

Hay, pues, dos esferas distintas: la esfera eclesial y la esfera social, ambas con sus prácticas propias, aunque relacionadas entre sí. Por eso, la cuestión, en este nivel, no es separar, sino más bien *combinar* las dos esferas, o sea: la comunidad eclesial y otras asociaciones del pueblo.

En este sentido la pastoral popular debe tender hacia algunos puntos importantes si quiere organizar al pueblo tanto eclesial como socialmente:

1. Es preciso, en primer lugar, *garantizar la realización de la esfera eclesial*. Y esto en sus tres niveles: de doctrina (catequesis, cultura bíblica y teológica. etc.), de la celebración (prácticas sacramentales y devocionales) y de la organización (comunidades, ministerios, etc.).

Así, "partir de la realidad" puede significar, por ejemplo, partir de la realidad de celebraciones muertas. "Partir de la práctica" puede ser partir de la práctica bautismal, etc. Es preciso tomar en serio esta "realidad" específica (problemas o prácticas) como parte esencial de la pastoral popular. Considerar todo esto como mera ocasión para pasar a la "realidad" que única y realmente interesaría, (la social) significaría manipular a la comunidad y su fe.

2. Es preciso, por otra parte, *adecuar* convenientemente el modo de estructuración de la esfera eclesial (su doctrina, sus prácticas religiosas y su organización comunitaria) su misión, o sea, las exigencias auténticas de la esfera social.

Así, en términos de metodología de la pastoral popular, es necesario:

. que la comunidad participe activa y creativamente de las actividades intraeclesiales (dimensión de una "política democrática" interna a la iglesia);

. que la comunidad se abra al compromiso social, etc.

3. Finalmente importa *desarrollar de modo simultáneo y combinado* la esfera religiosa y la esfera social.

En efecto, sucede muchas veces que la organización social del pueblo esté más avanzada que su organización religiosa. Este desacompasamiento se puede verificar también en el nivel de la conciencia y de las prácticas.

Por eso, al mismo tiempo que crece el compromiso político, debe crecer también el compromiso eclesial. Y esto en todos los niveles:

- a) de *conciencia*: el conocimiento bíblico y teológico debe ir a la par con una conciencia social y política más avanzada;
- b) de *práctica*: las prácticas de culto, las sacramentales, han de combinarse con las sindicales, políticas, etc.
- c) de *organización* comunitaria: la participación en la vida eclesial, especialmente por los ministerios, debe acompañar a la participación en la vida social, inclusive en los puestos de dirección.

Sin esta adecuación o armonía estructural entre organización eclesial y organización social del pueblo, habrá, en la mejor de las hipótesis, mera yuxtaposición, con el constante peligro de contradicción y ruptura, para perjuicio del propio pueblo, sea en el nivel religioso, sea en el político.

20. TECNICAS DEL TRABAJO POPULAR

Las diversas técnicas sólo funcionan bien cuando traducen una metodología. Y ésta igualmente sólo es bien aplicada cuando está inspirada por una mística y por una concepción general previa de la realidad.

En cuanto a las técnicas del trabajo popular, obsérvense principalmente los dos criterios siguientes:

1. si el pueblo *participa* de su elaboración y aplicación, y esto de modo creciente (en la confección de los boletines, en las celebraciones, etc.);
2. si llevan a la comunidad a la *autonomía* o sea: si aprovechan el crecimiento del grupo; de allí la necesidad de su revisión, siempre junto con los interesados -el pueblo.

Vamos ahora a exponer brevemente los principales tipos de recursos, mecanismos y acciones directas.

A. Recursos

1. *Guiónes*. Son instrumentos o subsidios para la reflexión. Han de ser flexibles y abiertos, como también, adecuados al grado de desarrollo del grupo. El lenguaje debe ser naturalmente popular.
2. *Cartillas*. No son recetarios, sino cajas de herramientas. Procuran reunir en forma más o menos orgánica un patrimonio de conocimiento y cultura ya adquirido (salud popular, política, partidaria, leyes sobre el trabajo, etc.).
3. *Boletines*. Pueden incluir un contenido muy variado, desde material de reflexión hasta cartas y otras informaciones.

Es bueno que sean hechos a dos manos: agente del pueblo y agentes; y con material de "doble mano": transmitiendo algo nuevo y recogiendo la reacción de las bases.

4. *Cantos*. Aprovechar el caudal de la cultura popular (folclor), inclusive en los métodos de creación (improvisaciones, etc.). Evidentemente el pueblo puede apropiarse cantos hechos por otros. Pero es preciso que sean comprensibles y tengan un contenido auténtico o verdadero. En arte, nada peor que el mal gusto, el moralismo o el didactismo.

5. *Pancartas, carteleras*. Tienen la virtud de ser sintetizadoras e inspiradoras de ideas o propuestas.; Por ellas el pueblo tiene la oportunidad de manifestar su creatividad tanto en los diseños como en las leyendas.

6. *Material audiovisual*. Cuyo principal provecho está en la reflexión colectiva que puede permitir inmediatamente.

B. Mecanismos

1. *Dinámica de grupo*. Naturalmente en el proceso de la educación popular se utilizan más variadas dinámicas, como el cuchicheo, la reflexión en círculos, la discusión en plenario, la dramatización, el panel, etc. Lo que más importa en todo esto es la participación de todos, la relación de las dinámicas con la vida (problemas y prácticas) y la reflexión dialogada y profundizadora que provocan. Señalemos el valor pedagógico - popular de las dramatizaciones.

2. *Visitas*. Son útiles para iniciar un trabajo y también para mantener la cohesión del grupo y la continuidad de la marcha. Las visitas entre grupos para intercambio de experiencias favorecen el aprendizaje colectivo, elevando el nivel de conciencia del pueblo a partir del intercambio de las propias luchas. Pero para que sean fructuosas, las visitas deben ser programadas y buscar un objetivo (lo que no impide evidentemente las visitas gratuitas, de pura amistad o solidaridad humana).

3. *Entrenamientos*. Encuentros de estudio y preparación de varios días rinden en la medida en que están ligados a una práctica (por lo menos proyectada) . Aquí también es importante la participación de los presentes en la elaboración y dirección del entrenamiento o cursos. A este respecto hay todo un saber acumulado (un arte) que aquí es imposible explicitar; bástenos recordarlo.

4. *Celebraciones*. Que pueden ser religiosas (vigilia, procesión, etc.) o de la cultura popular (fiesta de matrimonio, de aniversario, etc).

Son momentos donde prevalece la exaltación gratuita, realimentando así la esperanza y congraciando psicosocialmente al pueblo. No deben ser, fuera del propósito, instrumentalizadas para fines didácticos o políticos inmediatistas.

5. *Juegos*. No se ha de olvidar en el trabajo popular el poder desinhibidor e integrador de los juegos. Ellos preparan un ambiente propicio para la reflexión y el compromiso comunes, cuando ya no vehiculan contenidos pedagógicos explícitos.

C. Acciones directas

Contentémonos aquí con presentar la lista de algunas acciones populares concretas:

- memoriales, manifiestos de solidaridad, etc.;
- marchas, caminatas;
- huelgas, paros, etc.;
- comicios, concentraciones y otras manifestaciones públicas;
- celebraciones de protesta, reivindicación o victoria;
- ocupación de espacios (calles, edificios, fábricas, etc.).
- boicoteos (de reuniones, productos, acciones);
- convites y otras acciones de ayuda mutua, etc.

Cada una de estas operaciones implica un arte propicio, que se adquiere ante todo por la experiencia.

Recordemos siempre que la calidad de estas acciones debe ser juzgada por los criterios principales ya citados: el grado de participación o implicación del pueblo y el efecto de autonomía producida.

EPILOGO

Al terminar este trabajo queremos evocar la memoria de aquel que entre todos fue el que mejor supo relacionarse con el pueblo oprimido y que más quiso y buscó en este mundo la venida del Mundo Justo, que llamó Reino. El adoptó como proyecto de vida y como método de trabajo una antigua profecía, donde se habla de la misión, del servicio, del anuncio de la justicia al pueblo, de la discriminación en el trabajo, del rescate de la más pequeña centella de vida, de la perseverancia en el largo caminar, y de la esperanza en el triunfo del Derecho (Mt. 12, 18-21 - Is. 42, 1-4). Este programa -que sigue siendo "el espejo de vida" de todo agente del pueblo- lo cumplió él de modo insuperable:

"He aquí mi Siervo a quien yo escogí;
mi elegido en quien se complace mi alma.
He puesto mi espíritu sobre él;
dictará la ley a las naciones;
No vociferará ni alzaré el tono,
y no hará oír en la calle su voz.
Caña quebrada no partirá,
y mecha mortecina no apagará.
Lealmente hará justicia;
no desmayará ni se quebrará
hasta implantar en la tierra el derecho,
y en su nombre depositarán los pueblos
su esperanza".